

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Bailliere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

Decía el *Monitor* del vecino imperio al dar cuenta de la contestación de Austria a las notas idénticas (asi llaman a las de Francia, Rusia e Inglaterra proponiendo la Conferencia), que daría lugar a algunas negociaciones que retardarían la reunión proyectada. El *Constitucional*, diario imperialista, adelantando algo más, añadía que los despachos que acababan de llegar de Viena hacían muy difícil la solución diplomática de las cuestiones que agitan a Europa.

Más vienen luego los demás periódicos libres de las trabas oficiales del *Monitor* y de los lazos oficiales del *Constitucional*, y juzgan como es debido el paso dado por el Gabinete de Viena. En efecto, la respuesta de este a las notas convocatorias, no es ni más ni menos que una negativa que a nadie ha debido sorprender.

Recordemos que los puntos que habían de someterse a la discusión de los plenipotenciarios, eran los siguientes: *Divergencias* italianas; cuestión de los Ducados; reforma federal. Austria no puede admitir discusión respecto al primer punto, porque respecto de él no hay cuestión: el derecho y la justicia están de su parte. En cuanto a los otros dos, si hay cuestión, quien debe resolverla es la Dieta germánica. El Gabinete de Viena, sobre todo, tenía que negarse a las exigencias que sabía a ciencia cierta que iban a hacerse en la conferencia a su representante; poco antes, o poco después, tenía que dar una negativa, y ha creído más digno y más conveniente darla antes, evitando así que se gane tiempo para hacer preparativos de guerra destinados a obrar contra ella. La conducta de Austria merece la aprobación de cuantos estiman en algo los sentimientos de dignidad de un pueblo tan injustamente tratado por los defensores del derecho nuevo.

¿Queréis la paz? ¿queréis resolver honrosamente y sin menoscabo de la justicia las cuestiones pendientes? Pues renunciemos todos a engrandecimientos de nuestros territorios; comprometámonos a no pedir alteración alguna en nuestras fronteras. ¿Qué hay en este lenguaje de Austria que salga de los límites de lo honesto, ni que pueda infundir la menor sospecha deque con él se quiera alterar la paz de Europa? Prusia y el reino de Italia se han armado para defenderse, según dicen sus gobiernos, pues al pedir Austria que se respeten las actuales fronteras y al contraer ella este compromiso, aquellas naciones no tienen ya por qué seguir armadas y la conferencia de París es completamente inútil. El tratado de Zurich no respetado mas que por Austria resolvió la cuestión de Italia, y si dos de las Potencias signatarias lo han infringido o han consentido en su infracción, Austria hace bien en consentir que no se infrinja en la parte que a ellas refiere, ya que no haya podido impedirlo en lo demás. ¿Queréis paz? Cumplid los tratados; no estoy dispuesto a sacrificarme en aras de vuestro fanático deseo de evitar la guerra, contesta el Gabinete de Viena, y es la única contestación que puede dar procediendo con dignidad y energía. Uno de los resultados que acaso se esperaban de la Conferencia era un pretexto para hacer pesar sobre Austria la responsabilidad de la guerra, pero la contestación de su Gobierno, seguida del abandono del proyecto de Conferencia, pone de manifiesto ante el mundo entero el inicio lazo que se le tendía.

Pero ello es cierto que por más que Austria se grangee las simpatías de todos los hombres sensatos, su firmeza y decisión contribuirán más y más a concitar contra ella el odio de las naciones que hacen causa común con el reino de Italia. ¿Contará el Gobierno de Viena con algún poderoso apoyo para contrarrestar la fuerza de sus enemigos declarados y probables? Hagámonos cargo de un hecho de que daba cuenta días pasados un telegrama del *Times* de Londres.

Según noticias de este periódico, la Reina Olga, esposa del Rey de Wurtemberg y hermana del Czar de Rusia, ha estado recientemente en Viena, y ha sido portadora de una carta autógrafa de su hermano para el Emperador de Austria. Asegúrase que en dicha carta el Soberano moscovita aconseja a Austria que rechace toda idea de cesión de Venecia, y que proclame para el Trono de los Ducados de Elba la candidatura del Príncipe Oldemburgo, enlazado a la familia imperial de Rusia. En cambio, promete el restablecimiento de la antigua alianza entre los Gabinetes de Viena y de San Petersburgo. Para comprender la verosimilitud de esta noticia, conviene tener en cuenta las nuevas que de algún tiempo acá parte llegan respecto a los progresos de la revolución en Rusia. Pasados los primeros momentos del entusiasmo que produjo la salvación del Emperador del último atentado contra su vida, las indagaciones que se han hecho en averiguación de las circunstancias del crimen y sus cómplices han dado a conocer que los hay,

y que el partido revolucionario hace grandes trabajos por organizarse y acrecentar sus fuerzas. Parece que estos ingratos descubrimientos han hecho pensar seriamente al Emperador Alejandro y su Gobierno en las funestas consecuencias del progreso revolucionario en Europa.

En otro lugar verán nuestros lectores algunas noticias telegráficas de las que más deben recogerse con recelo por su tinte de hostilidad: la nueva de que la municipalidad de Venecia ha representado en los términos que se dice contra el empréstito decretado por Austria y otras, no nos parecen muy conformes con los acontecimientos de estos días; tal es, por ejemplo, la de que Prusia no tomará parte en la guerra si no sobrevienen otros sucesos. ¿Pues no ha anunciado el Gabinete de Berlín que considera como un acto de hostilidad la determinación de Austria respecto a los Ducados?

Si es cierto que el Emperador Napoleón está resuelto a levantar un empréstito, esto no es sino un indicio más de la inminencia de la guerra, de esa guerra que ya se aguarda con impaciencia, por no decir que se desea, toda vez que se tiene el convencimiento de que es inevitable.

El conde de Bismark continúa con torpeza imperturbable tratando de hacer responsable a Austria del conflicto europeo.

Véase su contestación a las notas convocatorias de las Potencias neutrales:

Berlín, 29 de Mayo.—Los tres representantes de Francia, Inglaterra y Rusia me han comunicado ayer los despachos de sus respectivos Gobiernos en los que se invita a S. M. a que tome parte en las deliberaciones que tendrán lugar en París para conjurar los peligros que amenazan al reposo de Europa.

Me he apresurado a participarlo a S. M. el Rey, mi augusto Soberano, el cual, asociándose a los sentimientos de las Potencias mediadoras, acepta desde luego la proposición que se le hace, y enviará sus plenipotenciarios a París.

El Gobierno de S. M. está en el caso de hacer una observación con este motivo, y es la de que jamás concederá que el asunto de los Ducados sea o haya podido ser el origen del conflicto. Jamás ha pensado Prusia en resolver tal cuestión por la fuerza de las armas. La actitud de Austria y de los demás Estados alemanes es el punto de partida de las complicaciones del día.

Sin embargo, el Gobierno prusiano somete con gusto este y los demás asuntos a las deliberaciones de la conferencia, que cree deberá reunirse lo más brevemente posible, porque cree que de retardarla se empeora la situación de las Potencias interesadas.—Bismark.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

KIEL, 5.—Los Estados han sido convocados para el 11 del corriente mes.

MILAN, 5.—La municipalidad de Venecia ha protestado contra el empréstito forzoso de 12 millones de florines, decretado por Austria en el Véneto, declarándolo sumamente injusto, y dando a conocer que sería imposible hacerlo efectivo.

MARSELLA, 5.—En nuestro puerto reina la mayor actividad para el embarque de harina, trigo, caballos y equipos militares comprados en Francia por el Gobierno italiano, y muchos buques mercantes son fletados por cuenta de dicho Gobierno.

BERLÍN, 6.—El Gabinete de Berlín acaba de recordar al de Viena lo que antes de ahora le había manifestado; esto es, que Prusia consideraría la convocación por Austria ó por la Dieta de los Estados de Holstein como una ruptura del tratado federal.

PARIS, 6.—Las Potencias mediadoras, Inglaterra y Rusia, han informado al Gabinete de Viena que después de las reservas que ha hecho en su contestación a las notas idénticas, la conferencia proyectada es imposible.

PARIS, 6.—La guerra es inminente y segura entre Italia y Austria.

No es tan seguro que la Prusia tome parte en la lucha si no sobreviniesen algunos nuevos acontecimientos.

El Emperador Napoleón ha anunciado su propósito de obtener un empréstito de 500 millones de francos.

CONSTANTINOPLA, 5.—Ruchdi sucede a Fuad en el cargo de ministro.

BERLÍN, 6.—Ha sido decretada la formación de un décimo cuerpo en el ejército.

STUTTGART, 6.—La Cámara de los diputados ha votado la llamada al servicio activo de la primera y segunda clase de la Landwehr.

FRANCKFORT, 6.—La Dieta decidió por unanimidad la neutralidad de Frankfort y de las fortalezas de Magencia y Rastadt.

PARIS, 6.—En la Bolsa de hoy se han cotizado los fondos a los precios siguientes: Los fondos españoles no se han cotizado.

Fondos franceses: El 3 por 100 a 63.00, y el 4 1/2 a 91.75.

LONDRES, 6.—Los consolidados ingleses quedaban de 85 5/8 a 84 1/4.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 7 DE JUNIO DE 1866.

UN COMBATE EN LA MAR.

Las noticias telegráficas que hemos publicado del combate del Callao y la relación del mismo, que ayer extractamos de *The New York Herald* del 22 (Edición de Europa), sin darnos cabal y completa idea de lo que la acción ha sido, no dejan ya la menor duda acerca del magnífico comportamiento de nuestros valientes marinos y de la decisión y energía con que está obrando el ya ilustre jefe de la escuadra española.

Han podido faltarles municiones y medios de entrar en la lucha con esperanzas de triunfo; pero les ha sobrado arrojo, abnegación y patriotismo para dejar el nombre de España a la grande altura en que allí lo colocaron los españoles de los tiempos heroicos de la conquista.

Los hechos, parcial é incompletamente conocidos, han acallado por un momento la voz de los partidos políticos; y aun manos solo acostumbradas a la urdimbre de las miserables intrigas de bandería, se han levantado con entusiasmo para aplaudir a los defensores de la patria, a los vengadores de las ofensas nacionales, a los tan bravos como sufridos españoles, que a tres mil leguas de la península, en medio de la mar, sin un puerto amigo donde refugiarse, llenos de privaciones, se han lanzado con temerario arrojo, y solo por obedecer las órdenes del Gobierno, a la desesperada empresa de batir los fuertes del Callao, guarnecidos de artillería de portentoso calibre y manejados por diestros extranjeros.

Pero la generalidad de los lectores de *El Pensamiento* ignora lo que es un combate a bordo, y por lo tanto no puede apreciar en su justo valor el de la escuadra del Pacífico; y para que este hecho de guerra debidamente se comprenda, vamos a bosquejar un combate en la mar, copiando en extracto la brillante pintura que de él hace el teniente de navío Sr. Salas en una preciosa *Memoria sobre la Marina española* que recientemente ha publicado. En estos momentos nada más interesante podemos ofrecer a nuestros lectores, nada que responda tanto al entusiasmo de que todo corazón verdaderamente patriótico está poseído.

Tenemos por lo general idea de lo que es un combate en tierra, de lo que constituye el valor del soldado; pero el combate en la mar, el valor del marino, es de muy distinta especie.

¿Quién al oír el eco marcial de las músicas militares, el continuado tiroteo de las guerrillas, los gritos de carga de los combatientes, el roncó estampido de los cañones, y al ver por una parte el resuelto ademán de los batallones cerrados que cargan a la bayoneta, por otra los formidables escuadrones que en impetuosa carrera se precipitan sobre el enemigo; aquí las baterías que se mueven con presteza cambiando de posiciones; allí regimientos enteros que trepan por una colina con menosprecio de las balas que de su cumbre salen; más allá un hombre, desnudo el acero y desplegada la bandera que simboliza el honor de la nación, asaltando una brecha a la cabeza de mil séres, que a vista de aquel emblema, y excitados por el movimiento, y aturridos por los disparos, les circula la sangre con febril rapidez y añaden vida a sus propias vidas; y aquí y allí, y en todo el campo de la lucha, hendiendo el aire con infernal silbido los desordenadores cohetes, y atronando el espacio la explosión de las bombas, el sonido de las cornetas, las voces de los que mandan, los gritos de los que combaten, el relincho de los caballos, el redoble de los tambores, el rodar de las baterías, el chocar de los aceros, el confuso, marcial y delirante estridor de las batallas que enardece la sangre y llena de entusiasmo el corazón de los héroes; quién, repetimos, no sentiría vivos deseos de tomar parte en aquel espectáculo?

Pero quién, al ser testigo del aspecto imponente que presenta un buque y del silencio sepulcral que en él reina en los momentos precursores de un combate, no adivina la escena que se ha de ofrecer a sus ojos y no participa del terror que impone la muerte cuando en silencio se la aguarda?

Vé cubiertas las baterías de séres humanos inmóviles en sus respectivos puestos: unosal lado de los cañones; otros en medio de la crujía sosteniendo en sus brazos los cartuchos y pendientes de sus manos unos haces de filástica deshilada que han de servir para empapar la sangre de sus semejantes ó la suya propia: más allá, colocados de trecho en trecho, trinas repletas de arena para evitar que los vivos resbalen en la sangre de los que vayan muriendo: abajo, en otro compartimento, donde apenas penetra la luz del día, distingue a la débil que refleja un

opaco farol, un pequeño grupo rodeando una mesa sobre la cual, ó a sus pies, hay cuchillos más horrosos que los cuchillos que matan, sierras que hielan de espanto el corazón de los héroes, agujas a cuya sola vista se cree punzada la imaginación, compresas, hilas, estopas, vendas, lienzo, camillas, tenazas, torniquetes y otros útiles.... Si a otro lado se dirige, encuentran sus ojos otro grupo más pequeño, del cual se destaca un sacerdote vestido de estola, rodeado de los atributos de nuestra santa Religión; en sus manos la taza de los Santos Oleos, y en frente, entre dos luces tristes, y mas tristes por el talco que las resguarda, una sagrada imagen del Dios-hombre en la Cruz. Ofrecese, por último, a su vista un espacio mejor ó peor iluminado, pero siempre lo bastante para distinguir el anaquel cubierto de centenares de jarras de cobre llenas de pólvora, amenazando pulverizar al buque al menor descuido; y en otro lugar bombas cargadas, mechas encendidas, fulminantes, tarros de luz, frascos de fuego y otras mil materias incendiarias para combatir al enemigo, si antes no son víctimas de sus efectos los que de este modo pensaban utilizarlas.

Una detonación retumba en el espacio rompiendo aquel silencio, que momentos antes era tan sólo interrumpido por el rechinar de las maderas en los majestuosos balances del buque: siguen a aquella otra, y otras muchas, hasta formar un ruido prolongado y rimbombante que ensordece a los actores del drama del interior de cada buque, dejándolos envueltos en denso humo que se eleva en espesimas columnas.

Trascurre este primer momento, cuando los intervalos entre las detonaciones permiten percibir otros ruidos, y la mirada puede atravesar el denso humo que dificulta la respiración, se ven, y se oyen, y se tocan los primeros efectos de aquella lucha de titanes; y penetrando más luz por los claros que han abierto los proyectiles contribuye a aumentar el horror de aquel terrible cuadro. La artillería no juega con la misma prontitud que en el principio, porque mermado el número de los que la servían por las balas, por las astillas, y a veces por la espontánea explosión de las mismas piezas, no pueden los vivos redoblar sus esfuerzos hasta el punto de suplir el de los que ya cadáveres, ó moribundos, u horriblemente mutilados, se reuelcan en su propia sangre al pie de los enormes cañones con que batían al enemigo.

De pronto se oye un estrépito de distinta especie que cimbra al buque y lo escora sobre una de sus bandas; y a poco, los desgarradores ayes, los gritos horribles y las tremendas imprecaciones de los que han sido víctimas de la caída de uno de los palos, se confunden con las imprecaciones, con los gritos y con los ayes de los heridos por el fuego. El estrechísimo ámbito de las baterías, ofrece por donde quiera el horror, la desolación y la muerte. Cadáveres hacinados en las crujías y en revuelto montón con los heridos para que no estorben a los que siguen combatiendo por la honra de la patria; miembros humanos palpitantes aún, incrustados en las maderas ó a corto trecho del tronco donde vivían; hombres que conducen a los moribundos hacia el sitio donde se halla el médico ó el sacerdote, y adonde los grupos llegan si las balas no los encuentran en su trayecto; otros que se precipitan hacia las escotillas para tomar los cartuchos de pólvora; algunos que cubren con arena ó empapan con haces de filástica los sangrientos charcos que ensorrecen la cubierta; y mientras tanto, la sangre mezclada con el agua y con la arena y con la pólvora vertida, corre con los balances, y después de teñir los pies de los combatientes, sale por los imbornales haciendo aparecer al buque como trasunto de un monstruo que se desangra.

¿Quién podrá sentir aquí el chispeante entusiasmo de las batallas campales: aquí donde todos los horrores de la guerra se desarrollan en tan estrecho ámbito: aquí donde imposible y a pie firme se perciben, y se sienten y se palpan los estragos de la lucha más tremenda, sin ver la cara, ni los hostiles movimientos, ni las amenazas, ni los ademanes insultantes del enemigo que tanto excitán a la pelea: aquí donde las mismas materias que defienden de la mar se convierten en armas agresivas y más destructoras aún que las balas del enemigo, y donde los bríos de los combatientes son por necesidad ahogados dentro del pecho, si la función no termina por el abordaje? ¿Quién, repetimos, podrá sentir aquí el calor de las batallas, ni el arranque impetuoso hijo del movimiento, ni la temeridad que produce la emulación, ni ninguno de esos delirios que impulsan al hombre hacia hechos ruidosos, por la admiración de sus semejantes, por la recompensa inmediata, por la fama póstuma, ó por el natural deseo de dejar un nombre?

Aquí donde el valiente no puede avanzar, ni huir el pusilánime, ni arrojar el temerario sobre el enemigo, ni imprimir ninguno a su cuerpo la pasión o el sentimiento que domine a su espíritu: aquí donde se muestra la muerte bajo sus más horrosas manifestaciones y lucha con la vida en un reducidísimo espacio, aquilatándose el valor por la serenidad: aquí donde no hay una multitud de espectadores que aplaudan los hechos de verdadero mérito, ni esperan los vivos las entusiastas manifestaciones del triunfo después de la batalla, ni tienen los muertos otra tumba ni otra sepultura que el misterioso seno del Océano: aquí, por último, no puede tener el hombre otro móvil sino el deber, el pundonor y la honra de la patria para afrontar de un modo impenable una muerte desastrosa, oscura, ignorada del mundo, y nunca bien comprendida por sus semejantes la abnegación que hasta su fin le condujera.

En resumen, si un efecto moral puede reconocer una causa física, el valor del hombre en los campos de batalla está alimentado por el movimiento, la confusión, la variedad, el impulso de la carrera y otras mil causas excitantes de los sentidos, y aumentanlo continuamente la ostentación del valor, los aplausos del momento, la admiración de las masas y los halagos del triunfo durante la misma refriega.

¿Y en la mar? Ya lo hemos visto: pero no se concrete el símil a las funciones de armas, que en estas, si no aplausos ni excitación para llevarlas a cumplido éxito, cabe al menos gloria póstuma: extiéndase a la posibilidad de que en lo más encarnizado de un combate tercié un enemigo común tan poderoso y terrible, que obliga a los hombres a deponer sus furores para afrontar su tremenda lucha. Ya el hombre no es el enemigo del hombre, sino el de los elementos; ya no defiende a la patria, sino que se defiende de enemigos ante los cuales aparecen muy pequeños los que poco há le combatían; ya, por fin, no es el guerrero que había menester de cañones para pelear; es un combatiente de otra índole que para luchar le estorban los cañones.

Allí, en medio de inmensas olas, rotas sus cúspides en hirviente espuma que amenazan sumergir la frágil embarcación, sirviendo de punto de contacto en la lucha de dos elementos que parecen disputarse la primacía del poder, soportando materialmente sobre su cabeza el peso de abigarradas nubes, y con unos cuantos hombres por testigos de sus hechos y auxiliares de sus maniobras, es donde el navegante quisiera un recuerdo de sus compatriotas y una sola mirada de la patria. Allí, con algunos testigos cuyas amenazadas vidas tienden a atribular mas su ánimo, extenua sus fuerzas, emplea todos los medios posibles para vencer, imagina todas las maneras de combatir; mas si en la lucha ha agotado sus últimos recursos, y ve que la mar ensañándose de su buque barre cuanto encuentra y arrebató a sus compañeros que para siempre quedan sepultados en su misterioso abismo, entonces, si conserva su ánimo, es sólo para pensar toda su pequeñez, todo lo estéril de su éxito si intenta la defensa, todo lo oscuro de su triunfo si por acaso vence, todo lo misterioso de su muerte si sucumbe, todo lo horrible de su fin si se retarda....

Si para comprender la fuerza y efectos destructores de un temporal, que es la verdadera batalla del navegante, se necesita haberlo experimentado; y ejercer la profesión, para convenirse de que la tormentosa movilidad del buque, el viento, el agua, lo resbaladizo de la cubierta, la atmósfera que respira, todo se auna y todo le combate; para apreciar el estado del ánimo en ciertas ocasiones, basta solo discernir entre los caminos que conducen al último término. ¿Y quién no comprenderá la situación de un hombre ante una muerte estéril, oscura y angustiosa, que la espera, que la ve venir, que se acerca, que casi la toca y que no acaba de llegar?

Nuestros valientes del Pacífico no han tenido que luchar, es verdad, con la desatada furia de los elementos; pero, en cambio, ¿adónde se han refugiado después del combate del día, segunda vez célebre, del Dos de Mayo? En toda la interminable costa del Pacífico, no tienen un puerto amigo donde reposar, dejar los heridos, curar los buques, tomar víveres y municiones, ni reponer el vestuario. Se han ido a un islote desierto frente al Callao, y allí sin puerto, sin darsena, sin asillero, después de la horrible faena del combate, les queda para descanso, otra no menos ruda; la de componer a toda prisa con los elementos que llevan consigo, los destrozos que las balas enemigas han hecho en los buques. A toda prisa, si tal vez los mismos heridos tengan que ponerse a trabajar; tal vez las manos que debieran emplearse en curar a los hombres, al pariente y al amigo, tengan que ocuparse ex-

clusivamente en desaguar el barco que se inunda y en reparar en lo posible tantas, tan peligrosas y tan distintas averías como aparecen después de un combate.

¿Comprenden ahora nuestros lectores el mérito de aquellos héroes?
¡Gloria, pues, a nuestros bravos marinos!
¡Gloria a la escuadra española del Pacífico!

Bajo el epígrafe de *por qué es revolucionaria la época presente*, publica un artículo el diario progresista *La Iberia*, lamentándose de que durante el período histórico en que ha regido la forma constitucional, no haya podido resolverse el difícil problema del *liberalismo*; la conciliación entre el orden y la libertad.

Invertido una vez el orden, falseada la base de la representación nacional, alterada la sublime idea de la justicia, y admitido el falso y pernicioso principio de que el bien y el mal eran relativos a determinadas instituciones, se obligó, dice el diario progresista, a girar a todo ciudadano en el estrecho círculo de leyes dictadas por una parcialidad, y el terror llegó a ser por precisión el único criterio del Gobierno.

No hay orden, repite *La Iberia*, y he aquí sin duda dónde radica el mal, he aquí el *por qué es revolucionaria la época presente*.

Con verdadero placer aceptaríamos esta última aserción de *La Iberia*, toda vez que diera a la palabra orden la significación verdadera y filosófica que encierra; pero como el orden del *liberalismo* es el desorden, como el orden del *liberalismo* es la violación de las leyes eternas de la justicia y del derecho, entregadas a la conciencia individual y fundadas sobre el anárquico principio del sufragio universal, no podemos aceptar el orden del diario progresista.

La época presente lleva en su seno el fecundo germen de la revolución, porque ya descendida al *liberalismo*; inútilmente por lo tanto declara *La Iberia* por la carencia de orden; del orden que el *liberalismo* intenta llevar a cabo.

Orden es para el *liberalismo* aniquilar en la conciencia individual el último vestigio de todo principio de autoridad; orden es en el *liberalismo* destruir la base de las viejas Monarquías y de las antiguas instituciones; la idea del *derecho divino*, siempre vilipendiado, siempre expuesto con los negros colores del despotismo y de la tiranía, tal vez porque el *liberalismo* no le comprende, y sin duda alguna hasta hoy no lo ha comprendido.

Orden es en el *liberalismo* alejar al pueblo en la carrera de la revolución, alejándole al par de todo sentimiento de respeto y racional sumisión a las autoridades; orden es, en fin, del *liberalismo* cimentar la sociedad en el *libre examen*; y desterrar de entre nosotros el Catolicismo.

Este es el falso orden, que ha existido y que continúa existiendo; este es el orden que no ve *La Iberia* y cuyos fines sin embargo, prosigue diariamente: lo que es de menos *La Iberia*, no es el orden, porque el *liberalismo* desconoce el orden, niega el orden; sino la separación de un partido, del régimen constitucional, de los destinos de la patria.

El orden no existe fuera del Catolicismo; dentro de él exclusivamente puede tener asiento, porque es el reflejo de las leyes divinas, escritas en el Evangelio, comunicadas por Dios, enseñadas por la Iglesia y signadas en la conciencia del hombre, para que con arreglo a la enseñanza divina puedan realizarse en la tierra sus leyes.

Vuelva los ojos *La Iberia* a lo que va de siglo y lea en esas huellas de sangre, el paso del desorden apellidado orden por el *liberalismo*.

Como ella, también nosotros deseamos ver desaparecer el desorden, que es el orden de *La Iberia*; el orden para nosotros, es el triunfo del principio de autoridad, y por mas que se afecte *La Iberia*, el triunfo del *derecho divino*, no del humano que el *liberalismo* proclama.

El Congreso es una reunión de personas muy formales. Casi nos recuerdan aquella grave entereza de los senadores romanos que permanecían inmóviles en sus sillones de marfil mientras los gólos invadían el Senado.

Esto, por una parte, casi nos lo recuerdan; pero por otra, nos recuerdan sin casi, esos juegos de niños que terminan generalmente con una disidencia infantil manifestada en esta frase sacramental: «Ya no me junto contigo».

Quien presenciara ayer tarde la sesión del Congreso no podrá menos de juzgar exacta esta última comparación, y más aun si el espectador era algún provinciano que por primera vez asistía al templo de la representación nacional. «Oh representación nacional!» exclamaba... y es probable que no siguiera adelante por miedo de que algún celador lo expulsara de la tribuna o lo denunciara al Gobierno.

Contemos el hecho, para que sirva de dato a la historia parlamentaria.

El Sr. Cardenal concluyó su rectificación al discurso del ministro de Estado, recordando que el señor duque de Tetuan había dicho en el salón de conferencias que no hubiera votado los cupones ni a su padre.

El apreciable literato D. Leopoldo O'Donnell y Joris se levantó indignado a contestar al señor Cardenal.

Pero vale más que pongamos en diálogo estos *dimes y dures*, para que nuestros lectores formen idea aproximada de lo que aconteció.

El Sr. Cardenal: Es verdad que yo he dicho lo que aquí dijo el Sr. Figuerola que había dicho el Sr. O'Donnell, que no votaría los cupones ni a su padre....

El Sr. O'Donnell y Joris (apreciable literato): Señores, lo que ha dicho el Sr. Cardenal y lo que dijo el Sr. Figuerola de lo que yo dije en el salón de conferencias, es una cosa que no se debe decir en ninguna parte, porque si se dijera todo lo que uno dice en confianza ¿a dónde iríamos a decir, digo, a parar?

El Sr. Cardenal: Yo no he dicho si estaba bien o mal dicho y hecho el que el Sr. Figuerola dijera palabras dichas por el presidente del Consejo en particular; pero una vez dichas y dicho mi nombre yo tenía que decir algo.

El Sr. Figuerola (entra en el salón al cabo de un rato): Señores, sé que aquí se ha dicho lo que yo dije de lo que dijo el Sr. O'Donnell en el salón de conferencias; el Sr. O'Donnell me ha querido dar una lección y yo no las necesito. En cuanto a lo que dijo el Sr. O'Donnell en particular sino delante de diez personas; por consecuencia yo puedo decir lo que se dice delante de tanta gente.

El Sr. O'Donnell y Joris (apreciable literato): El Sr. Figuerola dice que estoy en el caso de aprender, y yo digo que eso no se debe decir, y que no diré una palabra a nadie para que no se diga luego que si yo dije o dejé de decir y por último, a las oposiciones ni siquiera les volveré a decir: «Vayan Vds. con Dios.»—He dicho.

Y nosotros también hemos dicho lo que teníamos que decir.

Dice *La Iberia*: «No podemos callar ante la eventualidad de un nuevo ministerio Narvaiz. Si se diese al país esa nueva bofetada, si se le arroja ese nuevo cartel de insultante desafío, y el país lo sufriera, este país sería indigno de la libertad y nosotros romperíamos la pluma para no volver a ocuparnos de política».

«Si acabará al fin por ser popular la subida del general Narvaiz al poder? Por de contado, nosotros, que no somos amigos políticos suyos, casi lo deseáramos, pues con ella nos veríamos libres del general O'Donnell y de la pluma de *La Iberia*».

La Discusión nos da traslado del siguiente párrafo de una correspondencia de París que publica *La Política*:

«Háblase mucho en esta capital del descubrimiento de una conspiración urdida aquí contra la Monarquía italiana, y que debía estallar en el antiguo reino de Nápoles. Dicha conspiración tenía ramificaciones en España, y los comprometidos en ella trataban de adquirir dos o tres buques para ponerlos a disposición de Francisco II».

Después pregunta el diario democrático:

«¿Querán decirnos nuestros colegas, que deben estar bien enterados, quién conspira en España contra la Monarquía italiana? ¿Está muy alto o muy bajo el centro de esa conspiración?»

Se equivoca de medio a medio *La Discusión* al decir que nosotros debemos estar enterados bien de género alguno de conspiraciones. A nosotros nos basta conocerlas para odiarlas; por eso odiamos tanto la conspiración triunfante y permanente contra el derecho de Soberanos legítimos, conocida en el vocabulario de la revolución con el nombre de *reino de Italia*.

De un notable artículo de *La España*, copiamos los siguientes párrafos que demuestran con perfectísima evidencia que el ataque al Callao, aun por relación de nuestros adversarios, es una verdadera victoria obtenida por los españoles.

Dice así:

«Los ataques de buques contra fuertes de tierra son muy peligrosos, y todas las ventajas están a favor de las baterías terrestres. Dichos ataques son más decisivos cuando son continuos, y cuando causan voladuras e incendios; además es indispensable que el número de cañones de los buques sea diez veces mayor y a lo menos de igual calibre que los de tierra. Nuestra escuadra luchó con todas las desventajas posibles. Sin puerto alguno de refugio; sin repuesto de municiones, sin medios de reparar graves averías, sin hospitales y a 5,000 leguas de España; de lo contrario, los ataques hubieran sido incasantes, y entonces el terror, las pérdidas y daños causados al comercio y a los neutrales, hubieran influido en el enemigo, y cediendo a su impotencia la paz sería el resultado definitivo; pero demasiado habrá conseguido la escuadra, con introducir el desaliento en los peruanos, hacerles conocer la energía, poder y valor de los godos (como nos titulan ellos), y comprender que España obtendrá una honrosa paz, porque tiene medios para ello. Si aquella escuadra sucumbe gloriosamente, otra y otra irán allí, hasta conseguir el triunfo».

No creemos que esto suceda. A estas horas las Chinchas serán españolas, y el Perú, falto de crédito y de dinero, humillado, cederá y pedirá la paz.

Bueno será demostrar, con los anales de la historia, lo que suponen los ataques de buques contra fuertes de tierra para corroborar el verdadero mérito de lo llevado a cabo por nuestros valientes marinos.

Los resultados de bombardeos se obtienen cuando los siguen desembarcos y combinaciones con fuerzas terrestres, y sólo así tienen importancia real para la guerra.

No todos son militares, ni están en la obligación de entender de cosas de guerra, y con profundo dolor se ve que en esta nación, marítima por excelencia, son muy contados los que se ocupan de la marina, y si lo hacen en detrimento de ella.

Conviene hacer patente, y repetir una y mil veces que cuatro cañones bien servidos y bien situados en fuerte de tierra, superan a 30 ó 40, de un buque de madera. Todas las ventajas están por los que disparan en tierra firme detrás de sólidas murallas. Los autores más célebres y la historia así lo patentiza.

Veamos y hagamos una ligera reseña de los prin-

cipales ataques de buques contra plazas y en todo caso podrá apreciarse lo llevado a cabo por la escuadra del Pacífico.

En 1792, una escuadra francesa atacó a Cagliari, que tenía débiles fortificaciones. Los franceses después de tres días de bombardeo, fueron completamente derrotados.

En 1794 dos buques ingleses de 74 y 52 cañones, atacaron a Martello donde había un cañón en barbata y 30 hombres. Después de dos días y medio de cañoneo los buques se marcharon con averías y pérdidas, y el fuerte sufrió poco.

En 1797 Nelson atacó a Santa Cruz de Tenerife con ocho buques con 400 cañones, y nada obtuvo, perdiendo un buque, que una sola bala lo echó a pique con 100 hombres.

En 1728 una flotilla francesa de 52 embarcaciones con 102 cañones y 7,000 hombres de desembarco atacaron en la isla de Alarcón un reducido inglés de ocho cañones; sin embargo, fueron echadas a pique siete embarcaciones, retirándose los franceses.

En 1801 los franceses atacaron a Porto-Ferreiro, y después de cinco meses de sitio nada consiguieron.

Los ingleses en Julio de dicho año atacaron a Algeciras con 502 cañones, teniendo la plaza sólo 17, y tuvieron que retirarse con gran pérdida.

En 1805 alcanzó igual resultado la batería Diamante-Roca; en 1806 el fuerte de la Trinidad; en 1815 Leghorn; en 1814 el fuerte Federico, que con sólo un obúsatió un navio francés de 80. En Quiberon, Holanda, Boulogne, el Escalda, Constantinopla, Buenos-Aires, etc., aconteció lo mismo.

Veamos ahora los bombardeos que aparecen como ventajosos para los buques, y se comprenderá que únicamente causas fortuitas dieron aquellos resultados.

En Copenhague en 1805 los ingleses tenían 52 buques de línea, 48 eran navios. Esta formidable escuadra no se atrevió a pasar el Belt por la costa danesa, y si el Sund por la sueca neutral. Los daneses sólo tenían 100 piezas en batería, y los ingleses 1,700.

En el ataque de Copenhague, los ingleses experimentaron pérdidas inmensas, y las baterías de tierra danesas permanecieron útiles, a la par que las flotantes fueron destruidas, siendo *inconquistables*. Tal era el estado de la flota inglesa que accedió a pedir un armisticio, pues de lo contrario hubiera quedado destruida.

El paso de los Dardanelos por los ingleses bajo el almirante Duckworth, nada dice en favor de los buques. Aquellos fuertes estaban desartillados, era un día consagrado por los turcos a fiesta, y fué una sorpresa.

En Argel, en 1816, lucharon los marinos ingleses con la inexperience de los argelinos y su mala artillería.

El fuego de los ingleses era de 4,000 cañones, que arrojaron 50,000 balas y 273 bombas con cohetes. Sin embargo, lord Exmouth se retiró con pérdidas crecidas.

Los débiles mejicanos en 1858 fueron atacados en San Juan de Ulúa por una escuadra francesa. El triunfo de estos se debió a la voladura de un almacén de pólvora, y su superioridad en todos conceptos.

En San Juan de Acre, atacada por una poderosa escuadra inglesa de 646 cañones, sucedió lo propio. Débiles muros de tierra, pocos y mal servidos cañones, y no obstante los ingleses se vieron comprometidos, y a no ser por la explosión del mayor almacén de pólvora, los resultados hubieran sido fatales para el almirante inglés.

En las más recientes guerras hemos visto lo propio: en Sebastopol dos flotas imponentes de ingleses y franceses, en combinación con ataques por tierra, bombardearon la plaza, y después de graves averías y pérdidas crecidas, se retiraron sin conseguir nada.

En Kimbour, se debió su rendición a su especial estado en una baja Península, batida de revés, enfilada y de frente, y al uso por primera vez de las baterías flotantes acorazadas.

La toma del fuerte ruso de Bumarrund en el Báltico por franceses é ingleses, se debió a una batería establecida en tierra por los franceses. Es indudable que las escuadras solas nada hubieran conseguido.

El ataque y bombardeo de la marina francesa en los puertos de Marruecos, fué contra malas y peor servidas fortificaciones. Sin embargo, los buques sufrieron mucho, y en Tánger, el último cañonazo lo disparó la Alcazaba.

La horrible guerra de los Estados-Unidos, con medios poderosos en los dos bandos, y con nuevas invenciones, nos fortalece en lo que vamos diciendo. Recuérdese lo acontecido en el largo y tremendo sitio de Charleston.

En China poco tuvieron que esforzarse los aliados ingleses para vencer aquel atrasado pueblo en el arte moderno de guerrear.

Queda que hablar de los últimos hechos de varias marinas en el Japon. Allí, a pesar del enemigo que se les oponía, la marina británica ha experimentado pérdidas sensibles en marinos, y daños en sus buques.

Todo lo anterior hace ver que en todos tiempos los ataques de buques contra plazas terrestres, tienen desventajas conocidas, y están expuestos a descalabros positivos. Hoy día con los buques acorazados tal vez no sea lo mismo. La experiencia lo dirá; pero también las baterías se blindan, y el poder de la artillería es más patente. Veremos el efecto de las balas enemigas en la *Numancia*, único buque blindado que se oponía a la moderna artillería del Callao.

La Iberia se echa a caballero andante de la democracia defendiéndola de los ataques que nosotros la dirigimos al refutar ayer un artículo de *La Discusión*.

Las palabras con que encabeza nuestros dos últimos párrafos, que transcribimos, dicen así:

«Ocupa *El Pensamiento Español* una columna en contestar a un artículo de *La Discusión* sobre los principios y caracteres universales de la democracia, y después de exponer la serie de errores y de negaciones que constituyen su absurdo y reprobado sistema, termina así, *resumiendo* la doctrina impía que atribuye a Dios, omnipotente y justo, la existencia de dos principios incompatibles».

Aquí copia nuestros párrafos.

Dejando aparte el *resumiendo* (ó sea, haciendo el *resumen*), ¿querrá decirnos *La Iberia* lo que significa ese tejido de palabras con que nos ha regalado?

¿Cuál es el absurdo y reprobado sistema, el expuesto por *La Discusión* ó el expuesto por *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*?

Si hemos de atender a lo que dice *La Iberia*, el absurdo sistema es el de *La Discusión*; pero atendemos a lo que ha querido decir, el absurdo es el nuestro.

Pero veamos las razones con que nos combate.

Concluimos nosotros diciendo que en la lucha entre Dios y Satanás, el triunfo no es dudoso; y *La Iberia* contesta del modo siguiente:

«Conque no es dudoso, eh? Pues sin embargo, según los neos, la lucha subsiste nada menos que desde la creación del mundo, y no lleva trazas de terminar tan pronto, según ellos, pues aseguran que nunca se ha visto una situación de tantos errores y herejías como la actual. ¡Sacrilegios! ¡Sacrilegios, que os dirijáis a pobres de espíritu, a quienes únicamente podeis decir, a mediados del siglo XIX, que el mal es un principio constante, en lucha con el bien!»

Esto casi no merece réplica, porque poner en duda el triunfo de la verdad, el triunfo de Dios sobre Satanás, es cosa que espanta y repugna hasta a los que estamos avarados a leer continuamente las blasfemias de *La Iberia* y de otros periódicos liberalescos.

Por lo demás, esa lucha entre el mal y el bien que *La Iberia* niega existe desde antes de la creación del hombre, comenzó en el cielo con la rebelión de Satanás, que fué el primero que dió el grito orgulloso de *non serviam*, esto es, de *viva la libertad*! y acabará con el mundo, con la derrota del Antecristo para quien todos los liberales están preparando coronas y vitores, pues es de creer que el Antecristo sea un liberal que venga también dando el grito consabido.

En la sesión de anoche pronunció un razonado discurso el Sr. Herreros.

Se discutió el presupuesto del ministerio de Gracia y Justicia, y el diputado católico usó de la palabra para manifestar los inconvenientes de la administración actual, sobre obligaciones eclesiásticas.

Este interesante asunto sirvió al Sr. Herreros para emitir profundas y exactas observaciones, demostrando que no llenaban cumplidamente su objeto las medidas empleadas para satisfacer las obligaciones eclesiásticas, no tanto por su escasez, como por su torpe administración encargada hoy al Estado.

El Sr. Herreros se extendió en su discurso haciendo ver en buenas consideraciones el deplorable estado de nuestros templos, el abandono en que se encuentran, las dificultades con que los párrocos se estrellan al intentar la reparación de aquellos conforme a las leyes y subordinación civiles a que hoy se encuentran reducidas.

Abogó también contra esa dependencia absoluta del Clero respecto del Estado, haciendo de su independencia una clase de empleados, y de su elevada y respetable misión una corporación civil.

De este modo resulta que el monopolio del *parlamentarismo* llega y alcanza hasta las cosas eclesiásticas, viéndose precisados las mas veces los pobres párrocos a acudir en busca de influencias políticas para poder reparar los templos, conseguir un coadjutor para su numerosa feligresía ó lograr una pequeña jubilación, después de largos años de servicios y de penosas fatigas.

Todo esto hoy lo monopoliza el Gobierno, confundiendo lastimosamente la protección con la invasión en los asuntos propios del clero.

El Sr. Herreros, en fin, abarcó la cuestión de lleno y llamó la atención del Gobierno de S. M. sobre tan lamentables abusos; abusos que tienen maniatado y reducido a la miseria al Clero y abandonados los templos.

¿Quién pudiera atender más cumplidamente a todas estas necesidades, el Gobierno ó los Obispos? El Sr. Calderón Collantes cree que el mismo, y se engaña lastimosamente S. S., porque los hechos son las lecciones mis elocuentes y hay ruinas de templos y otros arruinados próximos a derrumbarse, que están clamando por un ministro de Justicia; esas voces, esos ecos mudos están diciendo al Sr. Calderón Collantes que no es el ministro de Gracia y Justicia el mejor centinela de las casas del Señor.

Felicitemos al diputado Sr. Herreros por su elocuente discurso en defensa de los intereses de la Iglesia, tan olvidados desgraciadamente por todos los partidos que han venido rigiendo hasta hoy los destinos de la católica España.

Decía anoche *La Correspondencia*:

«Esta tarde se ha dicho en el Congreso, dándole nada menos que una importancia de vida ó muerte para el ministerio, que el Banco de España ha negado hoy al Gobierno 100 millones que este le había pedido».

Pero en esto hay gravísimas equivocaciones, que podemos deshacer. El Gobierno no ha pedido al Banco 100 millones. Lo que ha hecho es proponerle que acepte un cambio de valores, recibiendo 100 millones de pagarés de bienes nacionales por una cantidad igual de billetes hipotecarios que el Banco debe facilitarle por cuatro ó cinco meses.

Y lo que ha hecho el Banco es acordar que no le conviene este cambio de valores por ser los billetes hipotecarios los valores más saneados que tiene

en su cartera; declarando al mismo tiempo que no por esto se encuentra menos dispuesto que antes a prestar al Gobierno la ayuda que este alcance de su crédito y recursos».

Sobre el mismo asunto escribe hoy *El Diario Español*:

«Algunos periódicos de la noche, creyendo encontrar un arma poderosa de oposición para combatir al ministerio, aseguran que el Banco de España ha negado al Gobierno 100 millones de reales en billetes hipotecarios que había pedido a aquel establecimiento de crédito. Y *El Reino* llega hasta suponer que el acuerdo del consejo de administración del Banco fué tomado por unanimidad.

Como quiera que las noticias echadas a volar con cierto aparato con *La Epoca* y *El Reino*, y valiéndose de la última hora para concederlas una gran importancia, serán hoy copiadas y comentadas por los diarios de la oposición, bueno será manifestar, porque así es la verdad, que el Gobierno ni el Sr. Cánovas del Castillo, ministro interior de Hacienda, no han pedido al Banco de España 100 millones de billetes hipotecarios, y por consiguiente su consejo de administración no pudo negar lo que no le fué pedido».

De propósito no hemos copiado lo que dicen *La Epoca* y *El Reino* acerca de este grave asunto, porque así aparece más en relieve la contradicción de *El Diario* con *La Correspondencia*, periódicos ambos ministerialísimos.

NOTICIAS DEL PACÍFICO.

Según las últimas de Chile, el anciano almirante Blanco Ensalada, antiguo marino español que desertó de nuestras banderas cuando la guerra de la independencia de América, había sido nombrado por el Gobierno de Chile para mandar la escuadra aliada; pero no se esperaba que saliese con ella en busca de la nuestra, por que no es lo mismo desertar que batirse, levantar en la catedral de Santiago el pabellón de la *Covadonga*, traicionadamente apresada por el comandante de la *Esmeralda*, que arrostrar frente a frente el fuego de los buques españoles.

Antes de su salida de Valparaíso, Mendez Nuñez propuso al Gobierno de Chile un cange de prisioneros que en un principio fué aceptado; pero vista, según dicen los diarios chilenos, otra nota en que nuestro almirante pedía a las autoridades de aquella República que expidiesen sus respectivos pasaportes a todos los españoles que lo solicitaran, no pudo llegarse a un acuerdo.

Desmienten los diarios ministeriales que hayan sido detenidos en Panamá los plegios que el Gobierno ha remitido al brigadier Mendez Nuñez.

La escuadra española que actualmente se encuentra en el Pacífico, según los datos oficiales que hemos adquirido hoy, y que rectifican los que copiamos de otro periódico publicamos ayer, cuenta con 5,620 hombres en su totalidad, incluidos los jefes, y con 240 cañones. El calibre de los cañones es de 68 y 52, que es el reglamentario en nuestra marina.

La escuadra está compuesta y mandada por los jefes siguientes:

Comandante general.—Brigadier D. Casto Mendez Nuñez.

Mayor general.—Capitan de navio D. Miguel Lobo.

Comandantes.—Fragata blindada *Numancia*, 54 cañones, capitan de navio D. Juan Antequera.

Idem de madera *Villa de Madrid*, 48 cañones, capitan de navio D. Claudio Alvarogonzalez.

Idem, id. *Almansa*, de 48 id., capitan de fragata D. Victoriano Sanchez Bazeiztegui.

Idem, id. *Resolución*, de 40 id., capitan de navio D. Carlos Vascárcel.

Idem, id. *Blanca*, de 37 id., capitan de navio D. Juan Topete.

Idem, id. *Berenguela*, de 30 id., capitan de navio D. Manuel de la Puzuela.

Goleta *Vencedora*, de 5 id., teniente de navio D. Adolfo Yolis.

Trasporte *Marques de la Victoria*, teniente de navio D. Emilio Barreda.

Ni la *Consuelo*, ni la *Vad-Rais*, ni la urca *Trinidad* se encuentran en el Pacífico.

Sirven como trasportes en la escuadra los vapores apresados *Matías Cusúño*, que creamos lo manda el marqués del Viso, y el *Paquete de Maule*, cuyo comandante se ignora.

La carta de Panamá que ayer publicamos ha hecho fortuna, pues todos los periódicos se han apresurado a copiarla.

Hoy podemos añadir los siguientes pormenores, tomados de una carta del Callao, fecha el 28 de Abril, y escrita por un anglo-americano a bordo de uno de los buques de la escuadra de su nación. Es una prueba del terror de los peruanos y de sus terribles fortificaciones.

Dice así:

«CALLAO, 28.—La primera noticia de la salida de la escuadra española de Valparaíso, llegó aquí por medio de la mala inglesa. El día que llegaron los buques españoles se temía un ataque inmediato, y todos los buques empezaron a salir del puerto. Estos movimientos llevaron la alarma a la ciudad, pero poco a poco fué restableciéndose la calma, al ver que la posición de la escuadra americana indicaba que el enemigo no atacaría en ese día por lo menos. No obstante, los habitantes se apresuraron a desocupar sus casas y trasladar a Lima cuanto podían. Las autoridades se apoderaron de todos los vehículos, con el objeto de terminar el armamento de las baterías. Esto entorpeció la evacuación de la ciudad. Aún quedaba alguna esperanza de que los españoles se retrajesen de atacar al ver las terribles fuerzas de los contrarios, y muchos comerciantes resolvieron permanecer quietos hasta tener noticias ciertas. El manifestó de Nuñez ha desvanecido pronto todas las ilusiones, y hoy la alarma y la confusión son espantosas. Las calles y caminos que conducen a las afueras están atestados de fugitivos. Los trenes que de hora en hora salen para Lima, van llenos. Centenares de caballerías se ven desde nuestros buques caminando despacio por entre nubes de polvo hacia los pueblitos del interior. Para el lunes por la noche no quedarán probablemente en el Callao más que las casas vacías y las baterías».

Las fortificaciones son verdaderamente formidables, bien manejadas debieran rechazar a los buques españoles. Entre ellas hay una torre de hierro que monta dos cañones de 400, y otra de arena con dos de 432.

Todas las fortificaciones están en correspondencia por medio de alambres telegráficos.

Según el corresponsal del *Herald* que da noticias con fecha posterior al combate, había en la bahía unos ciento cincuenta buques mercantes, los cuales se retiraron hacia el Norte. La escuadra americana se colocó al Sud y al Oeste de estos. Además había algunos buques de guerra extranjeros.

El día designado para el combate era el día primero; pero amaneció con tan densa niebla que era imposible distinguir los objetos: el comandante Nueve creyó más prudente esperar a que no hubiera mas nubes que la que produjese el humo, y los espectadores que estaban ya impacientes, tuvieron que renunciar al espectáculo hasta el día siguiente.

El Senado no volverá a reunirse hasta el viernes, en cuyo día se discutirán los dictámenes que se leyeron en la sesión del martes.

Cerca de cinco días nada menos tarda en llegar de Vigo a Madrid la correspondencia de la Habana.

Un diario ministerial niega que se hayan hecho proposiciones al Sr. Ríos Rosas para entrar en el ministerio, según había dicho *La Reforma*.

La autoridad competente ha ordenado al Presbítero Aguayo que salga de Sevilla en el término de 24 horas.

Poco tiempo hacia que se hallaba en aquella ciudad, a la cual había ido desde la corte.

Por una reciente Real orden se ha mandado establecer un servicio de medias-postas entre Astorga y la Coruña.

Han sido declaradas sospechosas todas las procedencias de Egipto, y se han dado las órdenes convenientes para que en todos los pueblos se observen las prácticas establecidas en las leyes de sanidad para estos casos.

El día 5 salió del puerto de Cartagena la fragata *Gerona*.

La comisión que entiende en el proyecto de ley para auxiliar a los ferro-carriles, celebró ayer una reunión con los ministros de Hacienda y Fomento. Créese que en algunos días no podrá todavía dar su dictamen.

Se ha constituido la comisión del Congreso que ha de entender en el proyecto de ley sobre aguas nombrando presidente al señor Elduayen y secretario al Sr. Perier.

Igualmente la que examina el proyecto de ley sobre enseñanza agrícola ha nombrado presidente al señor Lasala, y secretario al señor Penuelas.

El día 10 del actual se trasladará a Vichy con su familia el general Prim.

Para la subsecretaría de Hacienda se indica, según *La Epoca*, al señor don Juan Francisco Camacho.

Según escriben de la isla de Cuba, parece que se ha dictado auto de prisión contra el marqués de Moncayo, administrador que fué de loterías y que aparece complicado en la causa criminal que se sigue a consecuencia de un desfallecimiento en la administración de la expresada renta. El marqués de Moncayo fué después nombrado consejero de administración en Puerto Rico.

La *Gaceta* publica, aprobado por S. M., el reglamento orgánico del cuerpo y servicio de telégrafos.

Se ha autorizado la constitución de la sociedad anónima titulada *Compañía ibérica de riegos*, quedando en ella refundida la establecida en Londres con la denominación de *Iberian Irrigation Company Limited*.

Un diario ministerial dice que los hermanos Concha no son amigos ni enemigos del Gabinete español. Esta noticia ha debido transmitirse por telégrafo a las grandes Potencias para que ejerzan su natural influencia en los sucesos de Europa.

Del regimiento infantería de la Constitución, que se halla guarneciendo a Valladolid, ha sido separado un oficial y destinados a Filipinas ocho sargentos: así lo cuenta un diario progresista.

Habiendo preguntado anoche *El Reino* si era cierto que el Gobierno piensa retirar el proyecto de autorización, como se anuncia en los círculos políticos, le contesta el diario noticiario que el mismo Gobierno ha dicho repetidas veces que no retiraría el proyecto ni en todo ni en parte.

Otras cosas ha prometido no hacer el ministerio que al fin y al cabo se ha visto precisado a ejecutar.

El *meeting* de tenedores de amortizables que debía haberse celebrado el lunes en Londres, se ha suspendido, según *La Correspondencia*, por el mal aspecto que presentan los negocios con la proximidad de la guerra; y según *El Espíritu Público* por los rumores que en Madrid han corrido sobre la posibilidad de que entre a ocupar el ministerio de Hacienda un personaje cuyo nombre suena de una manera horripilante en los oídos de los tenedores de pasiva.

Todos son tropiezos para el Gobierno del general O'Donnell.

Han referido al *Brigantino* del Ferrol que para que los enfermos del hospital pudieran alimentarse el día 1.º del presente mes en que se hizo cargo de él la marina, fué preciso que un joven de aquella población, muy conocido por su generosidad, facilitase 6,000 rs., porque no había sido posible hacer efectivos los libramientos expedidos con ese objeto.

Las clases pasivas de Navarra no han cobrado todavía sus asignaciones correspondientes al mes de Febrero.

De Alava escriben a un periódico diciéndole que van pasados cuatro meses sin que hayan recibido los individuos que pertenecen a las clases pasivas una sola paga o parte de ella con que pudieran atender a su subsistencia.

Hace cuatro meses que no se pagan los gastos del personal y del material de la secretaría del Tribunal Supremo de Justicia, y lo que es aun peor, no parece posible que puedan arbitrase fondos con los cuales puedan satisfacerse esas necesidades.

ÚLTIMAS NOTICIAS.

FLORENCIA, 4.—Un telegrama de Francfort anuncia que la Dieta, aceptando el programa de Austria, ha declarado en su respuesta a la nota de invitación a la Conferencia, que las cuestiones de los Ducados y de la reforma federal mosen de la competencia de las potencias neutrales, y que la cuestión italiana, por el contrario, interesa a la Conferencia germanica.

VIENA, 5.—La *Gaceta de Viena* demuestra que la declaración de Austria, respecto a los Ducados, no está en contradicción con el tratado de Viena y el convenio de Gastein.

El artículo de la *Gaceta de Viena*, termina con estas significativas e importantísimas líneas: «Si la conducta de Prusia no está dirigida por el deseo de ventajas momentáneas; si esta Potencia conserva aún un resto de fidelidad federal en medio de su política de convenios militares, de alianzas parciales e intrigas tramadas con el extranjero, se conformará a las resoluciones de la Dieta. No es la rivalidad con Austria la que ha de resolver esta cuestión, porque Austria no ha lastimado el derecho de Prusia, ni ha prejuzgado la decisión final al inaugurar una nueva vía pacífica».

Si Prusia rehúsa entrar en ella, su negativa irá dirigida contra la Dieta. Romperá el lazo que une a Alemania si rehúsa someterse a la decisión de la Dieta. ¡Ojalá que en Prusia se forme una idea exacta de las consecuencias que han de seguirse de la próxima determinación del Gabinete de Berlín! ¡Ojalá que esa determinación sea dictada por un sentimiento ageno a toda pasión y a las falsas apreciaciones sobre los futuros destinos del Estado prusiano, que han dirigido por largo tiempo la política del Gabinete de Berlín!

CONGRESO.

El Sr. Ballester ha concluido su discurso en defensa de la enmienda que tenía presentada. Le ha contestado el Sr. Salas, de la comisión, el cual ha promovido un incidente parlamentario, a propósito de si la enmienda debió ser admitida o no por la mesa. En este incidente han tomado parte los señores Viedma, Navarro, Auriol y el presidente.

Terminado lo cual, el Sr. Pérez de Molina comienza a defender su enmienda.

CORTES.

CONGRESO.
PRESIDENCIA DEL SEÑOR ARDANAZ.
Extracto de la sesión celebrada el día 6 de Junio de 1866.

Se abrió a la una, se leyó el acta de la anterior, y fué aprobada.

El Sr. VILLANOVA presentó una exposición contra el proyecto de ley de autorizaciones.

Se aprobó sin debate el dictamen de la comisión sobre el proyecto de ley reformando algunos artículos de la de Enjuiciamiento civil.

Entrando en el orden del día continuó el debate pendiente sobre el proyecto de ley de autorizaciones.

Defendiendo la enmienda, dijo

El Sr. CARDENAL: Vedlos ahí, los mismos de siempre, inquietos, descreídos y hasta rebeldes cuando están fuera del poder; inquietos, descreídos, violentos e intolerantes en el poder. No hay que extrañarlos: la Unión liberal cumple su misión, aquella misión triste que el Sr. Rivero condensaba en estas frases dirigidas al duque de Tetuan: «Al demoler de los partidos medios, la democracia agradecida». Es natural que sea demolidora de todos los partidos la fracción que no tiene bandera ni doctrina ninguna, ni más pensamiento que el poder.

Es conveniente que haya partidos en el país a fin de atender a las diversas necesidades de las circunstancias en los Gobiernos constitucionales. En esta clase de Gobiernos es hasta necesaria su existencia. Por eso los que proclaman y practican la muerte de todos los partidos y la existencia de uno sólo, como los proclama el señor ministro de la Gobernación, hacen un gran mal al país. Si las mismas personas pudieran practicar decorosamente todas las doctrinas, el Sr. Posada vendría a proclamar respecto de ellas lo que Proudhon proclamaba respecto de la propiedad. El pudor público ha condenado esa especie de merodeo político, bajo la pena de la reprobación universal. El Sr. Posada, al decir que las ideas no son patrimonio de un partido determinado, daba la síntesis del vicalvarismo que así se cala el gorro frigio, como empuña el cirio en San Pascual.

La azarosa vida del vicalvarismo ofrece ejemplos de todo lo que hoy censura en las oposiciones. «Está en vuestros antecedentes, señores, vicalvaristas, el traer autorizaciones, y autorizaciones como esta, en circunstancias casi ordinarias y normales, y en unas Cortes como estas con mayoría tan compacta».

A propósito de esto tengo que rechazar un incidente que ocurrió cuando nos apresuramos a pedir la palabra al leerse ese proyecto. El señor duque de Tetuan se reía del noble entusiasmo con que los diputados se levantaron en masa a protestar contra ese abuso de facultades y esa infracción de la Constitución. Yo protesto contra esa risa y esa burla de los mas nobles sentimientos. Y como si no bastaran las censuras que se nos dirigen de esos bancos, todavía se apela a otras de peor género. «Sabeis cómo se traduce esta conducta nuestra en ese periódico de alquiler de todos los gabinetes, editor responsable de ciegas pasiones? Se dice que los representantes del país somos cómplices y conniventes con la revolución. Yo protesto en nombre del partido moderado; no ya contra ese pobre papel, sino contra sus inspiradores y contra los calumniadores que nos dirigen esas acusaciones.

Rechazamos sobre ellos la connivencia y la complicidad de la revolución; que no son cómplices de la revolución los que siempre la han combatido, sino los maestros de insurrecciones que tienden siempre a conseguir iguales fines por los mismos medios.

Reconociendo vuestro derecho legal, ¿con qué fuerza moral os levantáis a protestar contra ciertas frases del Sr. Figuerola, los que al frente de dos mil caballos habéis hablado de camarillas que deshonran el Trono?

Siento mucho que contraste el verdadero patriotismo con que pronuncio estas palabras con la helada sonrisa del señor duque de Tetuan. Pudo su señoría reír en Vicalvaro, pero no debe, no puede reír en ese puesto, donde está investido de la confianza de la Corona, cuando de cosas tan graves estamos tratando.

Se nos acusa también de que la prensa de oposición se desborda. Los que han escrito artículos como *Misterios* y *Meditemos*, tienen derecho moral a protestar contra los excesos de la prensa de ningún partido? ¿No les habéis dado ejemplo de mayores excesos?

Todos los partidos han contribuido a subordinar en España la administración a la política. Hay que variar de sistema. ¿Pero hay derecho en un partido para trastornar toda la administración, colocar a todos sus apañiguados y amigos, y venir

con un magnífico reglamento a amparar una administración de partido y de favor en mucha parte?

No necesito más que de esta indicación para que se comprenda la inconveniencia de ese carácter de ley que se le quiere dar.

Cuando el señor presidente del Consejo nos leyó el proyecto-monstruo, no se escluía del descuento al Clero y se indemnizaba a los empleados en deuda del personal. Al traer ese proyecto, ¿no vió el Gobierno que la dotación del Clero está concordada en un tratado? ¿No revela eso su ligereza?

Tercera de las autorizaciones que entraña ese sencillo artículo. Se autoriza al Gobierno para hacer economías hasta la nivelación del presupuesto.

Si el asunto no hubiera sido tan serio, yo hubiera respondido a esta autorización, no con la sonrisa del señor duque de Tetuan, sino con una carcajada homérica. ¿Pedir autorizaciones para hacer economías que el Gobierno estaba obligado a hacer! ¿Y por qué no las habéis traído en el presupuesto? ¿Y por qué después, cuando se os han propuesto, no las habéis aceptado? ¿Economías el actual Gabinete, que las rechaza por boca de todos sus individuos!

Llegamos a la cuarta autorización, que en importancia es la primera, y que en lenguaje vulgar podría llamarse la madre del cordero. Es la autorización para arreglar la célebre, y como decía el Sr. Salaverria, maldita cuestión de cupones. Voy a dejarla para lo último, hablando ante todo de las que siguen.

La quinta se refiere a elevar el fondo de amortización de las deudas amortizables. Yo recordaré una sola frase que aquí se ha pronunciado, y no por un hombre de oposición hidrofóbica, sino por el sesudo y honrado Sr. Salaverria. ¿De dónde han nacido las reclamaciones? De una jugada de Bolsa hecha por especuladores ingleses con torpeza, en favor de españoles, que con maniobras más o menos maquiavélicas, consiguieron engañarlos. Me basta esto para no conceder semejante autorización.

La sexta autorización la pide el Gobierno para emitir deuda interior en cantidad efectiva de 1,200 millones. Los que han seguido paso a paso las discusiones de esta Cámara, ¿podían imaginarse que los opositores al proyecto de emisión presentado por el duque de Valencia, que aquellos a quienes parecía operación desastrosa la que se hacía el 42, habían de proponer una emisión doble de tres, cuando los fondos están al 51? ¿No es verdad que de todo lo que hoy nos censuran los vicalvaristas ofrecen lamentables ejemplos?

El señor ministro de la Gobernación y el de Hacienda, en esta cuestión han tenido ideas opuestas. El primero decía: «Cada día que pasa sin hacer la emisión, el país pierde millones»; y el de Hacienda exclamaba: «No creáis que la emisión se va a hacer inmediatamente; esperaremos circunstancias más bonancibles». ¿En qué quedamos?

El señor ministro de la GOBERNACION: No hablé de emisión.

El Sr. CARDENAL: ¿Pues de qué hablaba su señoría? ¿Habla de los cupones por ventura, en cuyo negocio, en efecto, puede haber pérdidas o ganancias si el proyecto se dilata o se aprueba? Todos comprendimos que se hablaba de la emisión, porque tampoco podría S. S. aludir a la cobranza de contribuciones.

El Gobierno pide facultad para aumentar el ejército, y yo d. me hago cargo de algunas frases del duque de Tetuan. S. S. ha dicho que el ejército no se aumentará, a no ser que una cuestión de honor o de integridad del territorio nos haga salir de la neutralidad. Contra esa promesa se levantan las frases imprudentes del señor ministro de Ultramar, que desde el banco azul ha anatematizado los tratados de 1815, que son los que mantienen el equilibrio europeo, tratados que en este momento no discuto, ni aplaudo, ni combato. ¿Qué confianza podemos tener en ese Gobierno, cuando aquí se sostienen ideas tan contrarias entre el presidente del Consejo de ministros y el ministro de Ultramar?

En este proyecto, señores, han venido a traducirse el desengaño político que sufrió el duque de Tetuan al querer sacar a los progresistas del retraimiento, y el desengaño económico sufrido por el ministro de Hacienda. El partido progresista no cayó en la red que hábilmente se le tendió; no creyó en el general O'Donnell; no acudió a las urnas. Expresión de ese desengaño y de ese desprecio fué el duelo a muerte lanzado desde aquí por el general O'Donnell, como si en ese sitio no representara más que su propia persona; expresión de ese desprecio ha sido la ley de imprenta que votó al Sr. Nocedal; expresión de ese desengaño y de ese desprecio, la ley de asociaciones, que no ha debido gustar mucho a la mayoría cuando duermen aún en la comisión.

Los hombres de Vicalvaro habían combatido las emisiones y los empréstitos. El Sr. Alonso Martínez se dedicó a estudiar asuntos que no conocía, y por resultado de sus elucubraciones trajo una combinación de Banco nacional y de Banco hipotecario, debajo de las cuales estaban latentes los certificados de cupones. Pues bien: el Banco inglés cayó entre las carcajadas del mundo, y el Banco hipotecario se quedó en la cartera del ministro. ¿Queréis ver la expresión del desprecio ocasionado por ese chasco? Ahí está el proyecto, que discutimos, ese proyecto torpado, máquina infernal que puede huír, no sólo al Gabinete, sino cosas más venerandas.

Entre retirarse del poder, quees su idolo, y cambiar de política, ha preferido el vicalvarismo lo segundo.

Vengo a la cuestión de cupones; en ella no espero ir cosas nuevas ni que valgan la pena. Personas de más importancia la han examinado. ¿Por qué la examinó yo? He dicho antes que esta autorización es la cuarta en el orden numérico; pero en el orden de importancia es la primera. Se ha dicho que estaba amenguada nuestra honra en los mercados extranjeros. Los tenedores de estos certificados han propiado por toda Europa las razones que abonaban su pretensión; y como no se han tenido presentes las razones de España, esa cuestión nos ha hecho impopulares y antipáticos en el exterior. Pero en el interior sucede lo contrario: no sólo se condena a los tenedores de cupones, sino a todos los que les pudieran favorecer. Creo que to-

dos los ministerios han faltado a su deber no procurando rectificar la opinión en Europa: aquí donde el expediente más insignificante es remitido al Consejo y a varias juntas consultivas, a nadie ha ocurrido consultar a los hombres importantes para corregir esa falsa idea.

Pero yo no podía creer que el Sr. Alonso Martínez y el señor ministro de Ultramar viniesen a sostener la causa de los tenedores con las mismas razones que podrían darse en un *meeting* inglés.

En esta cuestión debo apelar al Sr. Salaverria. ¿Cómo ha dicho S. S. que entiende la cuestión de cupones? Maldita llamaba esa cuestión, y tenía razón. Es cuestión candente ocasionada a peligros, y por eso decía S. S.: «Esta es una de las cuestiones a que ningún Gobierno debe tocar nunca sin anunciarlo desde otros bancos. No basta para resolverla la honra propia, por muy acarozada que esté. El Sr. Salaverria quería que todas las fracciones vinieran a convenir unánimemente en la necesidad de hacer, ¿qué? algo. Jamas se permitió S. S. indicar el máximo ni el mínimo. Ahora, mientras en los meetings de Londres señalan como mínimo el 25 por 100, la comisión y el Gobierno lo señalan también como máximo».

Y para que no se crea sólo a mi palabra, me permitiré leer un párrafo de un folleto publicado por el Sr. Salaverria: (Leyó).

Decía además el Sr. Salaverria: «La razón de hecho y de ley no justifica por ningún concepto sus pretensiones».

Ya lo veis; el Sr. Salaverria, que fué vuestra salvación en los cinco años, y es acaso vuestra esperanza hoy, no concede el derecho ni la justicia a esos tenedores.

Pues bien; si el Sr. Salaverria, que tuvo el valor de proclamar estas doctrinas antes de ser ministro; que no lo ha sido ahora porque se atrevió a proclamarlas, dice lo que acaba de leer. ¿Cómo vosotros, los que antes de ser ministros no habéis anunciado nada, los que teniais compromisos en contrario sentido, venis a resolver esa cuestión, no ya con la claridad y diafanidad que quería el señor Salaverria, sino en un proyecto ciego de autorización?

Pero hay una razón justísima para que los cupones sean reconocidos. Esa razón es la apertura de las Bolsas, donde sin duda vamos a encontrar la felicidad completa. ¿Creéis que voy a combatir ese argumento Aquiles, con frases de la oposición sistemática? No, señores, voy a combatirle con palabras del señor ministro de Estado, tan conocedor de la Bolsa de Londres y de los negocios rentísticos.

El Sr. Bermúdez de Castro, hablando de esta cuestión en el Senado, trató a la Bolsa de Londres de una manera tan dura y atroz, que yo me asusté. La Bolsa de Londres, dijo S. S., es una reunión de cuatro judíos mercantiles, y no debíamos hincarnos de rodillas delante de semejantes judíos; y con estas palabras S. S. acababa con la más ligera idea que pudiera haber sobre esta cuestión.

El señor ministro de ESTADO: Empiezo por dar gracias al Sr. Cardenal porque me proporciona la ocasión de explicar ciertas palabras. Se ha hablado mucho de manos cortadas y de Bolsas para ponerme en contradicción. No hay contradicción ninguna, y me afirmo en lo que entónces dije.

Cuando ocurrió la sesión a que ha aludido el señor Cardenal, se había hablado por el ministro de Hacienda del gabinete del duque de Valencia de la necesidad de dar a los tenedores de cupones mas de lo que la ley de 1851 les había dado. Yo, con este motivo, tuve que tomar parte en aquel debate, y decir que antes que firmar un dictamen en que esta cuestión trataba de hacerse una cuestión internacional, me quemaría las manos. Dije también, y repito, que creía injustas las reclamaciones de los tenedores de certificados; pero esas reclamaciones no se reconocen en el proyecto: en él se trata solo de hacer un arreglo por conveniencia.

Los señores Cardenal y ministro de Estado rectificaron.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Comprenderán los señores diputados que es bien triste lo que dijo el Sr. Figuerola; y mas triste aun lo que ha dicho el Sr. Cardenal; traer aquí las palabras que se han pronunciado creyendo que no tendrían publicidad, no es modo de hacer la oposición. Triste causa la que tiene que apelar a esos medios para defenderse! Yo he dicho siempre que esa cuestión era para mi una cuestión candente, y que solo un acendrado patriotismo me ha podido hacer firmar y leer en esa tribuna el proyecto de arreglo de los cupones. ¿Qué importancia tiene al lado de esta declaración lo que se ha dicho en el salón de conferencias?

En cuanto a desafiar al partido progresista, yo no he desafiado al partido legal; he desafiado y desafío al que apela a la revolución y desconoce nuestras instituciones, porque la revolución la de-fiaré y la combatiré siempre. Y al hacer este desafío, reconocía que estaría a nuestro lado todos los partidos legales, cosa que S. S. y sus amigos no me han agradecido. Conste, pues, que yo no he desafiado al partido progresista, sino a la revolución, a la que espero vencer si estalla, como la he vencido ya otras veces.

El Sr. OROVIO: El señor ministro de Estado me ha aludido, y deseo decir cuatro palabras.

No es la primera vez que en el banco ministerial se ha tergiversado lo que sucedió en el Senado siendo ministro el Sr. Castro; el señor ministro de Estado ha dicho cosas que no son exactas, y a mi me basta recordar lo que dice el *Diario de las Sesiones de Cortes*, rechazando a la vez lo que ha dicho el señor presidente del Consejo de ministros, suponiendo que el ministerio del señor duque de Valencia no trajo el proyecto por miedo. No, no le trajo por las razones que dió el señor Castro en el Senado.

El señor ministro de ESTADO: Señores, yo no he tratado de sacar autoridad de las palabras del Sr. Castro, y esto es cuanto tengo que decir al Sr. Orovio.

El Sr. AURIOL: Señores, el Congreso habrá observado un fenómeno singular que ocurre aquí todos los días: se impugna el proyecto de ley en su totalidad, se pronuncian extensos discursos, y sin embargo se dice que la cuestión está agotada.

Yo, acerca del discurso del Sr. Cardenal, diré que en la enmienda se concede autorización para

cobrar las contribuciones, siempre que se suprima el art. 14 del proyecto de presupuestos, por el cual se da fuerza de ley al reglamento orgánico de empleados. S. S. pretende suplir esta disposición con un acuerdo de todos los partidos para arreglar la administración, y dice que aunque el reglamento sea bueno no debe aplicarse cuando todos los funcionarios públicos pertenecen a un solo partido, y a mi se me ocurre con este motivo que no pensaria lo mismo si los funcionarios perteneciesen a su partido.

El Sr. Cardenal concede la autorización para cobrar las contribuciones; pero acerca del descuento, dice S. S. que se ha quitado la entrega de papel del personal por excitaciones de los tenedores de esta clase de deuda.

En cuanto a los cupones, señores, que se ha supuesto aquí que es la principal de las autorizaciones, hay diputados de todas las opiniones que están porque debe hacerse el arreglo, pero que dicen que la ocasión no es oportuna.

Por lo que hace a la emisión, S. S. dice que el Gobierno y la mayoría incurren en contradicción por haber presentado este proyecto cuando se combatió otro análogo del señor duque de Valencia; pero como S. S. no se ha detenido a demostrar que las condiciones del Tesoro no exijan esta emisión, yo no tengo por qué contestar a su apreciación.

El Sr. FIGUEROLA: Ocupado en una comisión, no he tenido la fortuna de hallarme aquí cuando el señor presidente me ha dado una lección que no estoy en ánimo de recibir.

Yo no he traído aquí unas palabras pronunciadas confidencialmente: el señor presidente del Consejo de ministros hablaba en público, puesto que hablaba delante de más de diez personas; y yo al citar sus palabras me refería a un acto público de un ministro, no a uno de un hombre particular.

De esta suerte usé de los argumentos que creí deber expresar al Congreso, y la lección que su señoría ha querido darme, se vuelve contra si mismo, dándole a entender las gravísimas consecuencias que pueden desprenderse de palabras como las que S. S. pronunció.

Mantengo, pues, las palabras que dije, y no las que retiré, porque no estoy enamorado de mis frases, y hago esta declaración ahora que no se puede decir que cedó a excitaciones ó a imposiciones de la mayoría.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: El Sr. Figuerola tiene razón en decir que estoy en el caso de aprender, porque siempre he creído que el ser adversarios políticos no era causa de que los hombres faltaran a la cortesia que se deben fuera de aquí. Yo no sabía hasta hoy que se debían hacer aquí uso de palabras dichas particularmente, y me guardaré muy bien de pronunciar otras con las que pudiera hacerse lo mismo que se ha hecho con estas.

El Sr. FIGUEROLA: Repito que el señor presidente no habló en esa ocasión en particular, sino en público, y que yo tenía derecho para traer aquí sus palabras.

El Sr. CARDENAL: Retiro la enmienda.

Se leyó la firmada por el Sr. Ballester y otros diputados.

El Sr. BALLESTER la apoyó, asegurando que las autorizaciones eran un voto de censura a las Cámaras, porque equivalía a decirles que no servían ellas para hacer lo que el gobierno quería ejecutar por sí solo.

Aproveché la ocasión para combatir la contribución de consumos.

Quedó en el uso de la palabra y se levantó la sesión.

Eran las seis.

Se abrió de nuevo la sesión a las nueve bajo la presidencia del Sr. Ardanaz.

El Sr. CANDAU pidió al Gobierno un estado de las cantidades recaudadas para remediar en lo posible las desgracias ocasionadas por el terremoto de Maui: a una nota que acredite la remisión de dichos fondos a Filipinas, y otro estado en que conste su inversión.

El señor ministro de la GOBERNACION dijo que pondría en conocimiento de su compañero de Ultramar el justo deseo del Sr. Candau para que fuese satisfecho.

El Sr. BELDA presentó tres exposiciones. Dos contra el proyecto de ley de autorizaciones y una sobre la proposición de ley para que se otorgue la concesión de un ferro-carril desde Novelda a Murcia.

El señor ministro de la GOBERNACION dijo que desde esta tarde no había visto a ninguno de sus compañeros, y que ignoraba las noticias a que se refería el Sr. Belda, pero que si efectivamente habían venido, el Gobierno se apresuraría a comunicárselas al Congreso.

El señor conde de XIQUENA pidió al ministro de la Gobernación que trajera a las Cortes el expediente relativo a la separación de un alcalde, hecha por el gobernador civil de Logroño.

El señor ministro de la GOBERNACION ofreció satisfacer el deseo del señor conde de Xiquena.

Inmediatamente, después continuó la discusión sobre el presupuesto de gastos del ministerio de Gracia y Justicia.

El Sr. CORONADO habló en contra del capítulo 5.º

El Sr. ROMERO ORTIZ le contestó.

Rectificaron ambos señores diputados.

El Sr. CONCHA CASTAÑEDA combatió dicho artículo.

El Sr. ROMERO ORTIZ le contestó.

Se aprobó dicho capítulo y los restantes hasta el 11 inclusive.

El Sr. HERREROS habló contra el capítulo 12, primero de los relativos a las obligaciones eclesiásticas.

El Sr. SALAVERRIA contestó al Sr. Herreros.

Los señores Herreros y Salaverria rectificaron.

El Sr. MORENO ELOIZA consumió el segundo turno en contra.

El Sr. SALAVERRIA le contestó.

Se aprobaron sin más debate los capítulos desde el 12 al 15 inclusive.

Se levantó en seguida la sesión.

Eran las doce y cuarto.

VARIEDADES.

RECTIFICACION.

En las breves líneas con que encabezamos ayer este discurso se cometieron dos erratas de imprenta, una de las cuales no puede menos de salvarse. En el paréntesis donde se dice, que el Sr. Huet tuvo la gloria de prestar señalados servicios en unión de otros ilustres partidarios debe leerse: en unión de otros ilustres PATRICIOS.

Más abajo, párrafo último, se lee: en su espíritu verdaderamente católico del caballero ilustrado, debe leerse: en su espíritu verdaderamente católico del caballero ilustrado.

DISCURSO

leído ante la Real Academia de Nobles Artes, por el Excmo. Sr. D. José María Huet en su recepción pública en la misma.

(Conclusion.)

Fuera de desear que algún erudito investigara y recogiera las noticias que pudieran adquirirse acerca de sus viajes y permanencia en Italia, y cuanto se refiere a su aprendizaje con Perino del Vaga, pintor a la sazón florentino en aquella escuela.

Merece Luis de Vargas (el Jacobo de la pintura, según la feliz expresión de Palomino) toda esa atención e interés, por ser verdaderamente quien dió determinado carácter a la principal escuela andaluza, y quien introdujo y aclimató entre sus compatriotas la enseñanza del arte, con los progresos que alcanzara en su tierra natal desde su renacimiento. Y como hubo de tomar lecciones del pintor florentino ya citado, no será completamente inútil ni inoportuno dar alguna breve noticia del maestro, de los que en aquella escuela le precedieron, y de sus obras.

¿Cuanto mejor que quien ahora lo trae a vuestra memoria sabéis vosotros, señores académicos, el origen e historia de la escuela de Florencia, y su estado cuando nuestro Luis de Vargas fue allá a perfeccionarse en la pintura! Nacida a fines del siglo XIII en manos de Giotto, el amigo del Dante; sin modelos que le guiaran (que tales no podían ser los que en la antigua Bizancio convirtieron en secas mómias las figuras humanas con su desproporcionada largura y languidez); sin más enlace con la antigüedad que el mosaico; rompiendo Giotto las trabas que le oprimían, fué el verdadero creador del arte que sostuvieron y propagaron por espacio de un siglo sus numerosos discípulos (Taddeo Gaddi, Giotto, Simone Memmi, Juan da Melano, Angelo Gaddi, Veneciano, Spinelli, Buffalmacco, los Orsagna y otros, hasta Masolino da Panicale, maestro de Masaccio, cuyo genio, por la nueva vida que da a la escuela, forma era y primer período en sus annales. Contemplamos y admiramos las principales obras de los pintores referidos en los templos y galerías de Florencia y en el Campo Santo de Pisa.

Viene después el beato Angélico, Giotto, Lippi, Botticelli, Roselli, Baldovinetti y otros, hasta Castagno, Verocchio y Ghirlandajo, y llegan a Leonardo de Vinci, que bien puede formar, aunque más tarde que la anterior, la segunda época de la escuela florentina, seguido poco después por el gran genio de aquella y de todas las escuelas italianas, Miguel Ángel Bonarroti.

Entre sus imitadores y discípulos, después de Andrea del Sarto, el Pontorno y otros más con Daniel de Volterra, sigue, en la serie de los pintores de esta escuela, el que fué maestro de nuestro Luis de Vargas, Pedro Buonacorsi, conocido más generalmente con el nombre de Perino del Vaga. Nacido en muy pobre y menesterosa cuna, en Toscana, por los años de 1500; amantado por una cabra, dió muy pronto muestras de inclinación y capacidad para el arte, que empezó a estudiar bajo la dirección de Andrés de Ceri, continuando después en la escuela de Ghirlandajo, y por último en la de Vaga, quien le dió, con amor paternal, hasta su propio nombre.

En medio de la pobreza y oscuridad en que aun así vivía, hubo de ser ventajosamente conocido, por haber llegado algunos de sus dibujos a manos de Rafael. Desde entonces, llamado por este, permaneció en su compañía; y aun después de la prematura y nunca bien llorada pérdida del primero de los pintores, continuó Perino trabajando bajo la inspección de Julio Romano, hasta que acabó sus días el año de 1547, cuando pintaba en la sala de los Reyes en el palacio del Vaticano. Sus lienzos que más fácilmente se recuerdan y que reprodujeron, entre otros grabadores, Bonasone, Vico, Simoneau, Caylus y Robert, son los de San Pedro predicando al pueblo; San Silvestre dominando a un dragón; Las Musas en presencia de Apolo y de su corte; La Muerte de Melagro; El Sacrificio de Ifigenia; Las Tres Diosas preparándose para el juicio de París: Una escena de la vida de Alejandro; Otra de los milagros de San Pedro, y el Papa Adriano VI y cuatro Cardenales. Hizo muchas obras en Génova, donde permaneció algún tiempo, y aun en Pisa. Pero en el Vaticano fué donde ejecutó sus más notables trabajos, de todos los cuales da Vasari en la vida de este pintor muy circunstanciada noticia.

Es de notar aquí, para las deducciones que los inteligentes puedan hacer sobre el carácter de la escuela sevillana, que el maestro de los que sus pintores proceden por la mediación de Luis de Vargas, aunque corresponde a la escuela florentina, ejecutó sus obras más importantes y sus estudios para perfeccionarse en Roma, a las inmediatas órdenes de Rafael y al lado de sus principales discípulos. ¡Lástima grande que ignoremos los pormenores de cuándo y dónde recibió Vargas sus lecciones!

En lo tocante al estado del arte en Florencia cuando fué a estudiar Luis de Vargas, es tan sabido, y más especialmente en este recinto, que fuera inútil detenerse a demostrarlo. Habiendo llegado a su mayor altura en Miguel Ángel y sus primeros discípulos, principiaba ya a decaer, a impulsos de la imitación misma; y así como en las letras, cuando todos los poetas se hicieron imitadores de Petrarca, la uniformidad de estilo, sin las modificaciones del talento individual, iban sucesivamente empobreciendo la escuela florentina.

Tales fueron los maestros y modelos que hubo

de estudiar nuestro Vargas antes de regresar a España, y tales las condiciones de la escuela con cuya imitación dió ser a la que, acaso sin él mismo saberlo, puso el principal fundamento.

En su crecimiento y vida ulterior debieron entrar también otros principios y tradiciones. Con corta diferencia de tiempo vinieron por entonces a Sevilla dos flamencos, el maese Pedro Campana y Francisco Frutet, y pintaron y dejaron allí diferentes obras, cuya manera y estilo había naturalmente de ejercer cierta influencia en los pintores de la misma y posterior época. También pudo influir en igual concepto la perfección que al decir de algunos adquirió en Italia Pedro Vilegas Marmolejo, si no como discípulo de Rafael (que a la sazón no existía), con el estudio de sus obras y las de otros célebres profesores.

Con tales circunstancias da principio Luis de Vargas a sus obras, y en ellas, como en el Nacimiento de Cristo, pintado para uno de los retablos de la catedral de Sevilla, en el fresco de la Calle de la Amargura, en el célebre cuadro llamado de la Gamba, que con tanto placer contemplamos, y en otras excelentes tablas que pintó para el hospital de Santa Marta, para Santa Cruz, Santa María la Blanca, la Merced Calzada y el hospital de la Sangre, así como en el fresco de la casa de Misericordia, dió muestras de la exactitud de sus contornos, de la grandiosidad de sus formas y de la perfección de sus escorzos.

Si a la brillantez del colorido, a los buenos partidos de paños (según parecer de los inteligentes), a la ternura y expresión de los semblantes, y a la nobleza en los caracteres y actitudes, hubiera acompañado Vargas el ambiente y la degradación de luces y tintas, cuya introducción estaba reservada a otro mayor y más dichoso ingenio de aquella escuela, la perfección del arte habría llegado ya entonces a un punto extraordinariamente admirable.

Con cuánto desconsuelo se recuerda aquí la pérdida de los preciosos frescos que el tiempo nos ha robado, y las todavía mayores de esa clase que amenazan, con la completa desaparición de la Cerna en Milan, y el principio del deterioro de la Madonna del Saco en Florencia! En esas pérdidas se cuenta alguna muy lamentable para nosotros: la de los frescos, entre otros, pintados por Luis de Vargas en las fachadas de la Giralda. Representaban los Apóstoles, los Evangelistas, los Doctores de la Iglesia y varios Santos mártires y confesores de la diócesis. En la fachada del Norte los Santos Isidoro y Leandro, las Santas Justa y Rufina y la Anunciación de Nuestra Señora. Apenas se percibían hace algún tiempo sus preciosos contornos y bellezas; y la parte repintada lo ha sido desgraciadamente por mano menos diestra, como Cean la califica. ¡Quiera Dios que los ejemplos de tales pérdidas se tengan presentes para precaverlos, y que no los olviden nuestros pintores ni los que intervienen y dirigen tales obras.

Pero en lo que no tiene que ceder nada Luis de Vargas a los que le precedieron, a sus contemporáneos ni siquiera a los artistas de aquella escuela que en pos de él vinieron, es en la viva inspiración religiosa de todas sus creaciones.

Olvidado del ejemplo de su maestro, que, como hemos visto, trasladó en algunos de sus lienzos asuntos paganos y mitológicos, Luis de Vargas no dió una sola pincelada que no fuera consagrada al exclusivo objeto de la piedad cristiana. (Qué mucho, si como Palomino y otros, hasta Stirling, atestiguan y refieren) la vida de Vargas fué dedicada a la piedad y a la penitencia, llegando hasta a dejar comprobantes que ofrecen motivos de verdadera y santa edificación!

A la enseñanza y escuela de tal maestro acudieron desde luego varios discípulos, cuya reunión, con las aplicaciones que hicieron respectivamente de las máximas y principios aprendidos, completa el cuadro del origen de la escuela de Andalucía.

De los ocho de estos, a cuyo número se refiere el señor Cean, conviene elegir los dos que fueron más felices en la descendencia de sus discípulos particulares, y que forman en este árbol cronológico las dos ramas de mayor importancia. El primero, Antonio de Arlan, vecino de Triana, y ejecutor de Sargas en la feria (especie de pintura peculiar de Sevilla, conocida más de la Academia), habiendo logrado perfeccionarse después en el dibujo bajo la dirección de Luis de Vargas, pintó al óleo con soltura y corrección, a tal punto que sus obras alcanzaron fama y fueron tenidas en particular estima. Pero su memoria es aquí más importante, considerándole como maestro del licenciado Juan de las Roelas. No faltan dudas, oscuridades y contradicciones respecto de la certeza y circunstancias de este aprendizaje; pero entre la crítica de Palomino, que desde luego incurrió en error notorio suponiendo a este pintor, cuyo nombre también varia, discípulo del Ticiano, y la de Cean Bermúdez, que no duda en nombrarle como discípulo de la escuela de Vargas, no se puede vacilar en dar al último la preferencia, que algunas otras razones fortalecen.

Parece, pues, cierto, y lo más importante para el actual propósito, que el maestro que andando el tiempo fué Canónigo de Olivares, hubo de aprender los primeros rudimentos del arte bajo la dirección de Antonio de Arlan, discípulo inmediato de Luis de Vargas, y que luego pasó a Italia a perfeccionarse bajo la de un discípulo del Ticiano (no de aquel gran maestro, que a la sazón no vivía), según lo confirma recientemente Carlos Blanc en su obra de los pintores de todas las escuelas. Por este medio llega a conocerse de qué modo vino a introducirse en la sevillana y a formar como parte de los elementos con que se constituyera casi en su origen, ese algo de la escuela de Venecia, que los menos inteligentes advertimos en las obras de nuestros pintores de Andalucía, sobre todo cuando se acercaba a la mayor perfección.

A su vuelta de Italia consagró el licenciado Roelas al ejercicio del arte que con tanto amor profesaba, siempre en asuntos, y con pensamientos religiosos, tan conformes con su estado, y costumbres. Así lo atestiguan los hermosos lienzos que afortunadamente se conservan en la catedral, en otros templos y en el Museo de la capital de Andalucía, entre ellos el célebre del Martirio de San Andrés, pintado para la capilla de los flamencos,

sobre cuyo aprecio versa la curiosa anécdota que Palomino refiere. En cuanto a su carácter y costumbres, dice aquel con su candoroso estilo: «fue nuestro Roelas un hombre muy pio y muy humilde, de suerte, que a la más humilde viejecita que le pidiese una pintura, no la dejaba desconsolada aunque fuese sin interés alguno. Y no se trae en balde y por puro agrado este recuerdo; antes bien, sirve para caracterizar en un concepto los artistas de la escuela a que Roelas pertenecía, y en que aleección a uno de los mayores maestros, Francisco Zurbarán.

Con aquellas lecciones y principios y con talentos y dotes singulares para el arte, se formó este gran pintor, que aventajó en muchos al mismo Roelas, y cuyos lienzos, a juicio de algunos, soportarían sin desventaja la comparación de no pocas obras maestras. El célebre cuadro de Santo Tomás, por ejemplo, tan rico y grandioso en su composición, en sus figuras, en todas sus partes, bien pudiera colocarse sin temor de ser oscurecido en cualquiera de las principales galerías europeas. Poco o nada conocidas las obras de Zurbarán en nuestro Museo, aunque mucho de los señores académicos, cuesta trabajo no extenderse en más consideraciones acerca de ellas; pero es preciso dejar, por no ser enojoso, las que se refieren a dicho pintor y a toda la rama que se ha deslindado últimamente. Basta este simple recuerdo para traer a la memoria el origen y primeros pasos de la escuela de que se trata, en la que Zurbarán, lejos de separarse del espíritu religioso, poetizó el dolor y la resignación, como dice un autor extranjero (M. Leon Gozlan), el cual, sin ser partidario, ni mucho menos, de la vida ascética y contemplativa, aplica a Francisco de Zurbarán el calificativo de Job de la pintura.

Volviendo, pues, ahora a la otra de las dos ramas más favorecidas del tronco de la escuela de Vargas.

Comienza en Luis Fernández, discípulo de aquel, y a su vez maestro, y en tal concepto progenitor en el arte, de Ruiz de Saravia, del cartujo Galeas, de dos de los Herreras (Francisco, conocido por el viejo, y su hermano Bartolomé), de Pacheco, suegro y maestro de Velázquez, de Agustín del Castillo y de Juan del Castillo, su hermano, que enseñó a nuestro Bartolomé Estéban Murillo.

Cuando se nombra a D. Diego Velázquez de Silva, suscitase naturalmente en el ánimo aplicado a la contemplación de las artes, ideas tan grandes y elevadas como las glorias que para las de España ha conquistado aquel ingenio peregrino. Por eso, aunque fuera ya del confín al principio anunciado, esto es, del origen de la escuela andaluza y su complemento, no es posible dejar de decir algunas palabras relativas al rey de sus pintores. No por que desde temprano se trasladara al alcázar de nuestros Monarcas, de donde no salió hasta acabar sus días, perdió nunca Velázquez su condición y naturaleza de pintor sevillano. Perfeccionó, enanchó, engrandeció magníficamente y hasta enriqueció los principios de la escuela; pero siempre con el germen y la levadura que de ella sacara.

No puede resistirse el impulso de copiar aquí los versos que le consagra en su magnífica *Oda a las Artes*, por desgracia inédita, pero generalmente conocida, el Sr. D. Félix José Reinoso:

«Y qué normas elegir tu pudiste, pintor de la verdad, Velázquez sabio! Del lienzo un aire vaporoso formas do no se ve resabio de mano; el aura espira, alienta el hombre y el caballo gira.

Fué sin embargo, Velázquez, el primer pintor de aquella procedencia que no consagró sus obras a objetos de pura piedad y religión. Más como comprobante de que no se había borrado en él aquella inspiración, —si no todos los lienzos de ese género, el inimitable Crucifijo de San Plácido lo atestiguará para siempre.

Demás de esto, el arte cristiano no desdena, ni mucho menos condena, los asuntos de otro género, ni tampoco todos los religiosos revelan el afecto de la piedad en sus autores, ni los despiertan y aclaran en aquellos que los examinan y contemplan. ¿Quién desconoce el incompañable mérito, la extraordinaria maestría y singulares dotes del célebre pintor del último reinado, de aquel que levantó el arte de la decadencia en que yaciera hasta un punto inesperado: D. Francisco de Goya. En fin, a quien es lástima no signiera de cerca más que un discípulo e imitador, Aleuza, cuyas obras empiezan a buscarse con tanto empeño y estimación. Pues bien, en ninguno de cuantos lienzos de asuntos piadosos salieron del franco y suelto pincel de aquel gran maestro se columbra un átomo de inspiración religiosa. Ni uno solo de ellos despertará jamás inmediatamente un afecto que se eleve a la contemplación divina por obra del autor: y sin embargo, siempre serán apreciabilísimas para el arte, y hasta podrán contribuir, aunque más remotamente, para aquella contemplación, por otro género de consideraciones muy diverso: que la religión no está reñida, antes bien hermanada, con el examen y estudio de todas las bellezas y primores. Aquí ocurre naturalmente el recuerdo de lo acontecido a Overbeck, con el estudio y copia de las obras del arte cristiano, y la memoria de su magnífico lienzo del Triunfo de las Artes por la Religión.

Más como entre lo bueno e inocente puede elevarse aquello que de modo más directo se encamina y aproxima a un fin determinado, santo y provechoso, merecen predilección en este concepto los maestros que en Sevilla fundaron y perfeccionaron aquella escuela, con cuyo motivo dijimos al principio que los traíamos también a vuestra memoria.

No cabe ya en los límites necesariamente trazados hablar más, en ese ni en ningún otro concepto, de los pintores de la segunda rama del árbol de Vargas anteriormente enumerados, aunque cuese trabajo reprimir las palabras que habían de ensalzar la grandiosidad de formas y algunas otras circunstancias notables en las obras de los Herreras, que la imaginación tan vivamente recuerda, y cuanto pudiera decirse en justa alabanza de Francisco Pacheco, por lo mucho de que en diferentes conceptos le somos deudores.

Pero es imposible de todo punto dar término a estas observaciones, sin destinar algunos momen-

tos siquiera al príncipe de los pintores sevillanos; al que llevó la escuela, apenas había nacido, a su mayor altura y perfección; al que inventó el modo de pintar hasta el ambiente y la atmósfera, y si no la gloria celestial (concepto que algún extraño en son de burla nos atribuye), pintó todo aquello que en nuestra humilde humanidad puede elevar el alma a su más viva y posible contemplación; al pintor, en fin, que puede llamarse religioso y cristiano por excelencia.

Excusado fuera pronunciar el nombre de Murillo. Tal es la inspiración divina que respiran todas sus obras de este género, y a él pertenecen la mayor parte de sus pinturas, que un célebre escritor contemporáneo (Luis Veuillot) afirma que hasta Murillo, sin excepción de ninguna clase, no ha sabido el pincel mostrar entre los hombres, en la más digna forma posible, la figura que menos impropiedad puede representar la Madre de Dios, y al mismo tiempo con la mayor sublimidad que cabe, la que despierta y enardece los sentimientos más elevados del alma, recordando a la interesadora del género humano.

Después de cuanto se ha dicho de Murillo, tal es su mérito absoluto en el arte y relativo en su escuela, tales son los encantos de sus obras, que todavía quedaria mucho por decir, a quien en este momento le admira, a pesar de su propia impericia. Pero ya que no le sea permitido ahora extenderse más, consientásele que se apropie las elocuentes frases de Jovellanos, y los sentidos conceptos expresados con no menos feliz y grandiosa elocuencia por el señor marques de Molins, que bien los recordareis, discurriendo sobre aquel insignie pintor en este mismo recinto. Permitásele también recordar aquí la siguiente estrofa de la oda del Sr. Reinoso antes citada:

«Mas si al uno baldad, si al otro audacia natura entre sus dones dió propicia, a ti reserva, seductor Murillo, la dulzura y la gracia. Otros el pascio son: ¡cuál encanto! Mi corazón es tuyo: ¡cuál encanto! derrama la pincel! ¡qué tierno brillo! Tú del empero santo la luz viste sin velo y la mostraste puro al bajo suelo.

Tan solo han de añadirse por conclusion dos breves observaciones.

«No os ha sucedido alguna vez penetrar en la sala inmediata y ver el incomparable lienzo que ostenta la caridad de Santa Isabel? ¿No os ha sucedido, llevados de una ilusión irresistible, sentimientos con ímpetus de aceros hasta la Santa a contemplar más de cerca su celestial semblante (puesto que digan que Murillo es sólo pintor naturalista), a tocar y a besar si podéis su ropaje por detrás de los pobres que la rodean, y salir, después de hacer mesura a la bendita Reina, por entre el grupo de sus damas sin temor de hallar obstáculos, que para todo encuentra la imaginación encantada? como si fuera realidad, lugar y espacio bastante?

Tal es la magia del arte en manos de Murillo y la singular perfección de su perspectiva aérea. ¿Y hasta dónde no llegan los encantos de nuestro pintor cuando representa la divina niñez? Gracia es esta muy general en los pintores andaluces, como sucede a Alonso Cano; pero el encanto predomina siempre en nuestro Murillo. Por ejemplo, al separar la vista de un lienzo del primero, que representa la Virgen con el Niño en sus brazos, y que tanto llama justamente la atención en la catedral sevillana, si continuais por la nave de aquel grandioso y magnífico templo, hasta que al llegar a la capilla bautismal os clava involuntariamente delante de su reja el nunca bien admirado San Antonio, y veis el divino Niño que viene a visitar al Santo en su arrobamiento, quizá sospechais que ha dejado el regazo de su Madre, que visteis al lado de la Puerta de los Narajos. Mas a poco vuestra duda se desvanecerá, porque hallais en el cuadro de Murillo otros rasgos más sublimes e ideales en aquella divina criatura.

Y olor de suavidad en densa nube De puro incienso hasta su trono sube, como cantando las glorias de la Madre decía el célebre y sabio poeta D. Alberto Lista.

Notorio es que el sello religioso y cristiano se conservó en todos los pintores de aquella escuela, que vinieron con Murillo y completaron el número de sus maestros cuando llegó a la mayor altura y perfección, tales como, entre muchos, Pereira, los Salcedos, D. Juan de Valdés Leal, D. Sebastián de Llanos y Valdés, y otros, de cuyas obras y particularidades se quisiera hacer aquí especial referencia, que se omite por la imposibilidad indicada, no habiendo de limitarla a una descarnada y prolija enumeración y catálogo de nombres propios y pinturas. Pero no puede omitirse el nombre siquiera de Pedro de Moya, contemporáneo de nuestro Murillo, que como él hubo de traer a esta escuela los principios e imitación de Van-Dyck, que conservó aquel carácter aun después de su vida militar y aventurera, cuando regresó a la patria y se consagró nuevamente al arte que había aprendido en compañía de Murillo y Cano, con las lecciones de Juan del Castillo.

Natural y forzoso era que aquel mismo sello y carácter antes explicado pasara a los discípulos del gran maestro, como se advierte en el que acaso fué más querido de todos, el caballero Villavicencio, o bien en el que más se identificó con su estilo, Meneses, cuyas obras se confunden hasta con las de Murillo, no siendo improbable que en muchas trabajaran juntamente; en Sebastián Gomez, no menos conocido por su origen que por la corrección de su dibujo; en todos, en fin, y hasta en tiempo posterior cuando ya se acercaba a su decadencia.

Por esto pudo decir Cean respecto al carácter religioso referido: «Se asegura que Luis de Vargas, Juan de las Roelas, Antonio del Castillo, Bartolomé Esteban Murillo y otros muchos profesores de gran crédito en la escuela sevillana, jamás pintaron pasaje alguno de la historia profana ni de la mitología.

Basta definitivamente de citas y recuerdos: y basta para no proseguir en estas observaciones, que forzosamente principian a cansaros, si es que antes no han despertado vuestro tedio, como fatiga a quien las ha hecho por el trabajo de su lectura, y que habrán demostrado la verdad de que no por fórmula o afectada modestia reclamaba al principio toda vuestra indulgencia y tolerancia.

Hechas para cumplir del modo posible el pre-

cepto reglamentario y llegar a tener la honra tan gratuitamente dispensada, háñse reducido a traer a vuestra memoria algo acerca de un punto del arte que inspira singular predilección.

También han tenido estas observaciones otro designio, que ya habéis podido conocer por repetida indicación. Hasta ahora no ha llegado a acometerse la empresa de escribir la historia de la escuela andaluza con noticia exacta, cronológica y circunstanciada de todos sus pintores y obras, y con el detenido examen y consiguiente razonamiento para demostrar su existencia como verdadera escuela del arte, de tal modo, que no dejara ya ni asomo de duda al crítico más severo y descontentado de los extraños. No se ha publicado tampoco todavía un detenido estudio de las particularidades que se requieren para calificar esa misma escuela y sus profesores, de suerte que aparezca con claridad deslindado hasta el punto que puede llamarse naturalista por la simple imitación de la naturaleza tal como la vemos, sin detenerse a escoger sus gracias, primores y bellezas, o sin desconocer completamente la belleza ideal, y aun llegando alguna vez a tenerla por guía; las perfecciones, en fin, que en uno u otro concepto alcanzan, o las faltas en que de igual modo incurrieran nuestros pintores general e individualmente.

Nadie se ha detenido, además, lo bastante para darnos a conocer con oportuna prolijidad la corrección progresiva de su dibujo, las condiciones y variaciones de su claro-oscuro y colorido, los límites de su invención, la mayor o menor felicidad en la composición, los medios por donde se encaminaron a dulcificar o desvanecer los contornos, hasta conseguir la transparencia e ilusión del ambiente y el punto de perfección a que respectivamente llegaron, así como sus adelantos en todo lo demás; y, por último, la influencia que ejerció la casi completa consagración del pincel a los asuntos piadosos, el verdadero afecto e inspiración con que lo hicieron, y las ideas que sus obras despiertan en el que las contempla y admira.

Los diferentes escritos que a tal asunto se refieren, y de los cuales se han enumerado los más notables, ó no han tenido aquel objeto (pues van encaminados a otro fin, y sólo por incidencia hablan de la escuela de Sevilla), ó no pasan de meros ensayos. El mismo Cean, que ha tratado particularmente este asunto, lo ha hecho con la brevedad consiguiente a los estrechos límites de una carta.

En las precedentes observaciones que os habéis servido escuchar, se hallan como amontonadas ideas y palabras que acaso puedan servir de estímulo para promover aquella empresa. Por eso habréis visto el recuerdo de cuanto contribuyó a formar la escuela sevillana; el aprendizaje en la florentina, de tal maestro y de tal modo que pudo comprender mucha parte de la del mismo Rafael; los ejemplos del arte flamenco; la posible tradición del colorido veneciano; la imitación de Van-Dyck, y después de Rivera y de Velázquez, y la indicación de los sentimientos morales y religiosos de los principales pintores sevillanos.

Este desaliado hacinamiento ha tenido por objeto indicar algo de lo que puede servir para trazar una obra que da a conocer tal escuela.

Y para que podáis ser con facilidad indulgentes en la calificación de este ensayo, forzoso es decir que quien esto escribe se ha encontrado, desde que la Academia se dignó elegirle, al principio lejos de la corte y de su residencia habitual; después ocupado aquí en asuntos de muy diversa importancia y trascendencia; y en el último y corto período, mas enfermo y achacoso que de costumbre. Pero si ninguno antes que él ha entrado por esas puertas con menos capacidad, saber y merecimientos; si ninguno otro ha dado en momentos semejantes tan débil muestra de los títulos que aquí pudieran traerle, —ninguno tampoco ingresa en vuestro número con gratitud mas profunda, con propósito mas decidido de coadyuvar, en cuanto alcance, a vuestras importantes tareas; con mas anhelo de honrar, reverenciar y enaltecer la memoria de los insignes académicos que han dado lustre a esta corporación, y muy especialmente la de aquellos cuya reciente pérdida lloramos todavía; con mas disposición para ensalzar la de los augustos monarcas que fundaron y fomentaron esta y las demás asambleas del saber, y bendecir la mano de quien hoy las ampara, acrecienta y favorece con su excelsa protección, deseándole como para su padre, en concepto de régio protector de las artes, pedia aquel poeta sevillano.

Que a sus augustos pies humear se vea De la discordia la extinguida tea.

Nadie, en fin, ha entrado en este recinto con mas ardiente deseo de emplear las fuerzas que le restan en servir a la Academia, que es también servir a nuestra querida patria.

He dicho.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Pablo, Obispo, y San Roberto, Abad.

SANTO DE MAÑANA. La fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y San Maximino, Obispo, cultos.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia del primer monasterio de señoras Salesas Reales, donde termina la novena del Sagrado Corazón de Jesús: a las diez habrá Misa mayor en la que predicará el R. P. Luis Perez y por la tarde en los ejercicios predicará D. Mateo Yague.

En el monasterio de Señoras Salesas Nuevas se hará la fiesta principal al Sagrado Corazón de Jesús.

En la parroquia de San Luis se celebrará al Sagrado Corazón de Jesús, y terminan las novenas al mismo, en las iglesias anunciadas.

Sigue celebrándose la novena de Santa Rita de Casia en Santa Isabel.

Continúan las novenas de San Antonio de Pádua en las iglesias anunciadas.

VISTA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora de la Concepción en San Pedro, ó la Medalla Milagrosa en San Ginés.

Se reza del Santísimo Corazón de Jesús, con rito doble segunda clase y color blanco.

Editor responsable: D. MANUEL DE TOMÁS
Impta. de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo, 54.